

RETRATO DE UN HOMBRE IMPOSIBLE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

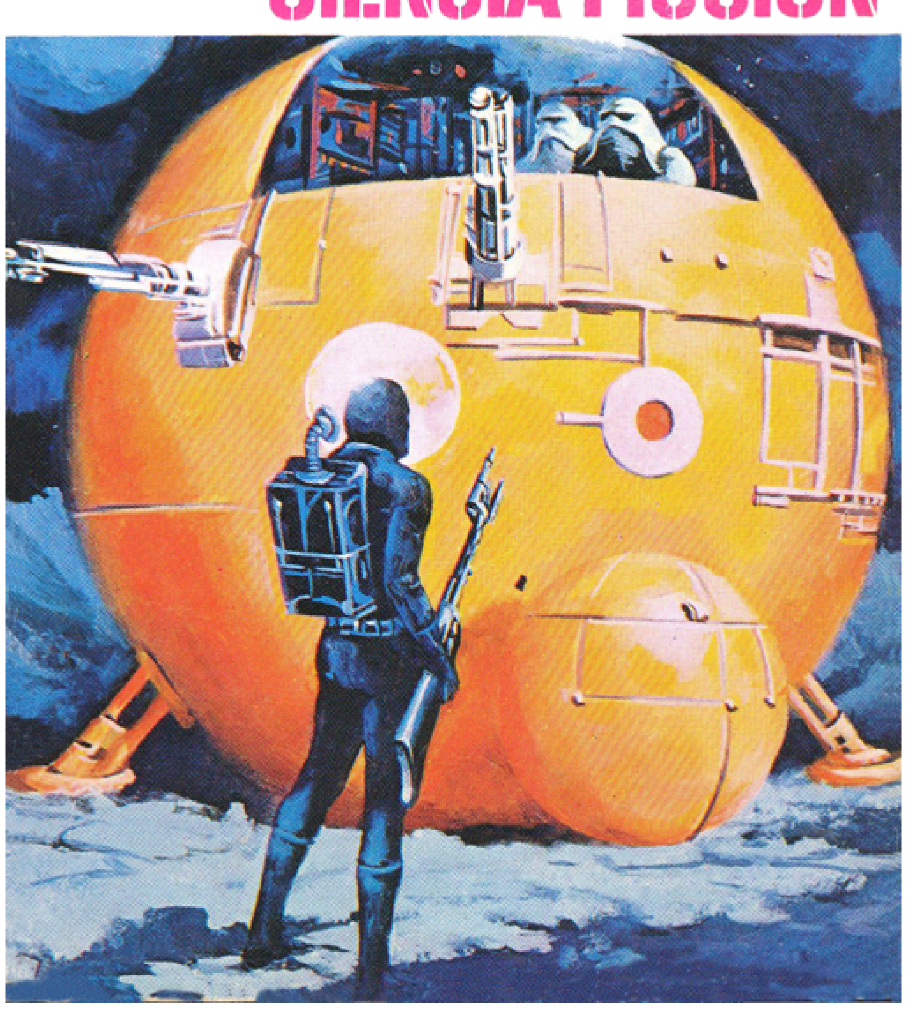
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

RETRATO DE UN HOMBRE IMPOSIBLE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *Esclavos del loco.* Ralph Barby
2. — El mundo del viento cósmico. Curtís Garland
3. — La diosa que llegó de las estrellas. Ralph Barby
4. — *La muerte helada.* Ralph Barby
5. — *En las fronteras* galácticas, A. Thorkent

KELLTOM McINTIRE

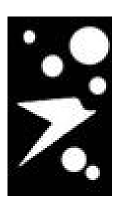
RETRATO DE UN

HOMBRE IMPOSIBLE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 471

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84.02-02525-0

Depósito legal: B. 22.357 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.**a** edición: agosto, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL **BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

A las cinco de la mañana, los últimos clientes abandonaron Caprice Club. Dos borrachines discutieron largo rato en el aparcamiento para decidir la cuestión de cuál de los dos debía conducir. Resolvieron el asunto por el sencillo método de cara o cruz y finalmente el coche se alejó describiendo graciosas eses a todo lo largo de la calle.

El portero dirigió un rápido vistazo al único coche que restaba en el aparcamiento. Luego volvió adentro y las luces se apagaron.

Al cabo, en medio del silencio de la madrugada, repiquetearon sonoramente unos tacones femeninos. La silueta de la mujer se recortó un instante a contraluz y luego se fundió en las penumbras que rodeaban el Buick azul.

La mujer, muy joven y rubia, abrió la portezuela y se dejó caer sobre el asiento con un tenue suspiro. Mecánicamente, hundió su mano derecha en la guantera, sacó un paquete de cigarrillos del que extrajo uno, lo puso en los labios y lo encendió.

Entonces, al tenue resplandor de la llamita del encendedor vio la silueta del hombre que ocupaba el asiento trasero. Y se volvió de un respingo.

—Pero ¡bueno! ¿Es que has permanecido ahí todo el tiempo? —exclamó ella, irritada.

—Si —respondió el hombre.

Dollie Hall golpeó con sus manos el volante. ¿No era para sentirse exasperada?

A las nueve de la noche, Dollie había dejado el coche en el lugar donde ahora se hallaba. Había penetrado en el Caprice Club, donde había trabajado como camarera durante ocho horas sin interrupción. Y él, Young, decía que había permanecido ocho horas sin moverse del coche.

Desde luego era un tipo de lo más raro. Tan pronto aparecía como desaparecía. Y rara vez decía nada ¡Pero era tan guapo, tan enigmáticamente atractivo, tan viril . !

—Empiezo a cansarme de ti, Young —dijo Dollie.

Mentía la mujer, pero a ella le gustaba aguijonearle, humillarle, exasperarle. Y siempre era ella la que resultaba humillada y exasperada hasta el límite.

—¿Por qué no te largas? —gruñó de repente, disgustada

—Sí, si tú lo quieres —respondió Young, sin alterarse.

Dollie se volvió, furiosa.

—¡Si, lo quiero! —gritó, crispada—, ¿Es que no lo comprendes, Young? Eres como un gato sumiso, silencioso . Te sientas junto a mí, permaneces callado largo tiempo. Me haces el amor si te lo pido, o me traes cigarrillos o champaña. ¡Pero nunca haces nada por ti mismo! ¿Es que no posees iniciativa, propia decisión? ¡Vete ya! Me fatigas y me cansas. ¡Pareces un pelele!

El no dijo nada.

Se limitó a apoyar sus fuertes manos enguantadas en la manija de la portezuela y salió.

Ella esperó, fumando furiosamente. Le miraba con los ojos entornados, empapados de la silueta de aquel hombre.

—Eres magnifico, estúpido, y lo sabes —masculló, rencorosa.

Young se alejaba ya con paso calmoso, mesurado y fácil.

Era un hombre alto, suelto, bien proporcionado, de movimientos naturales, ágiles Cualquier traje le sentaba bien. Y sin embargo, se diría que cualquier ropa le molestaba encima.

Era extraño, Dollie lo sabía. Aquel hombre le atraía y tentaba. Pero, al mismo tiempo, su hierática actitud la impresionaba. Hubiera sentido miedo de él, de no saber que Young era solícito y amante, siempre fiel, siempre cercano, siempre a su alcance cuando ella lo quería.

— ¡Vete, vete, vete! —murmuró Dollie, entre dientes.

Arrancó con furor. Un chirrido estridente surgió de los neumáticos cuando el coche alcanzó la avenida y tomó la curva sobre dos ruedas.

Apretó el acelerador rabiosamente.

Pero miró hacia atrás, en contra de su voluntad: él caminaba despacio, sin prisas, siempre erguido.

Corrió y corrió como una loca. Se saltó dos semáforos, a punto estuvo de chocar contra un camión de recogida de basuras.

Y al cabo, el coche se detuvo en Limit Town, en las afueras. En menos de media hora había recorrido temerariamente casi treinta kilómetros a lo largo de la ciudad.

Apoyada sobre el volante, Dollie tomó aliento. A un paso estaba su chalet, la tibia cama... ¡Qué larga se haría la noche sin la compañía fiel de Young!

Sollozó.

Amaba a aquel hombre. Y le odiaba, al mismo tiempo. Le odiaba por su pasividad, porque ella necesitaba un hombre que la dominara, aunque fuese por la violencia, a golpes inclementes.

No podía engañarse. Si en la nómina del Caprice Club constaba como camarera. Dollie también se plegaba a otras actividades menos confesables. Los hombres., y el dinero fácil, los regalos, la vida suntuosa, los vestidos.

Pero Young

Violentamente arrancó. Iba a buscarle No importaban los gritos anteriores, ni la brutal despedida, los insultos, los reproches.

Necesitaba a Young, ansiaba su presencia, su compañía.

Desanduvo a velocidad escalofriante el mismo camino que le había llevado a Limit Town.

Pero no le encontró. Incrédula, miraba las aceras, los parques, las cerradas tiendas y almacenes. Young no aparecía a la vista, Young no estaba.

Volvió tristemente a Limit Town. Con los ojos húmedos de llanto, evocaba emocionada las caricias y los besos, y el bullir de la sangre, el deseo contenido, Y el placer.

Pero Young era algo más. Era comprensión, ternura, compañía. Ni un reproche, ni una expresión soez, ni una mirada despectiva… El siempre parecía taciturno, pero no era tristeza lo que había en sus ojos dorados, sino una especie de desilusión, de profunda decepción.

Era el compañero ideal. Y ella, torpemente, le había arrojado lejos de sí. ¿Qué mejor compañía para una mujer como ella?

—Jamás me pidió nada —recordó, estremecida—. No preguntó, no dijo una palabra. Tampoco yo pregunté. Pero ¿qué importaba? El estaba conmigo, me cuidaba. Y el resto…

Las calles, solitarias, la entristecían profundamente, ahora que no estaba Young. Y sin embargo, cuando él la acompañaba en el coche, aunque siempre silencioso, ¡Dollie se sentía tan protegida y amparada!

Tragó sus lágrimas amargas.

«¡Si Young ya no volviera!», llegó a pensar, estremecida.

No apretaba el acelerador ya. La furia había pasado, y el coche rodaba suavemente por la vacía calzada flanqueada por olmos y eucaliptos.

El coche se detuvo. Dollie tomó su bolso, lo cerró. Los billetes se desparramaron sobre el asiento y ella los recogió sin ansia. ¡Qué más daba!

Salió y cerró. Caminó hacia el chalet.

Y luego resonaron los rítmicos pasos a su espalda. Dollie se asustó, y giró.

—¡Young! —gritó, jubilosa.

Allí estaba el hombre. Caminaba a buen paso y el viento alborotaba sus rojos cabellos que brillaban a la luz de los focos como una llamarada.

—Young —gimió ella.

Incrédula, hinchó su pecho de aire y corrió hacia él.

Le abrazó, estremecida, tierna, agradecida, apasionada, muda.,,

¡Era él!

¿Cómo había llegado hasta Limit Town? A aquellas horas de la madrugada no era fácil tomar un taxi, Dollie lo sabía por dolorosa experiencia, No había autobuses, Metro, nada.

No valía preguntar. Cuando Dollie no comprendía algo y le interrogaba, Young clavaba en ella sus dorados ojos chispeantes y se encogía de hombros sin pronunciar palabra.

¡Qué más daba! Un misterio más. Young era así. Y así había que tomarle o... dejarle.

Le besó, apasionada,

—¡Lo siento, Young! ¡Créeme, lo siento tanto! Pero ya sabes cómo soy: impetuosa y loca.,, ¿Vienes? —susurró.

—Sí.

Le tomó, gozosa, de la mano.

Siempre los guantes, pero qué importaba. En la noche, en el silencioso cobijo de la alcoba, Young se desnudaría, se despojaría de los guantes y cuando ella se lo pidiera, la envolvería en mil caricias turbadoras.

— ¡Vamos, vamos, hace frío! —le apremió. Y él caminó a su lado.

¿Frió?

Young nunca demostraba sentir frió. Ni calor.

Abrió la puerta y entraron. ¡Qué grato era el calorcillo de la casa!

Dollie fue a la cocina, preparó unos bocadillos y ambos comieron en silencio.

Y luego, arriba prestamente.

Dollie entró en el cuarto de baño. Un momento después reaparecía envuelta en tul celeste.

Young se desnudaba lentamente. Los guantes lo último, como siempre.

Dollie le miró con ansia, con deseo, Y con amor ferviente.

Apagó la luz y murmuró:

—¿Me has perdonado, Young?

—Sí —respondió él, sumiso.

—Entonces, abrázame y ámame como sólo tú sabes hacerlo —murmuró en un susurro apasionado.

El hombre obedeció. Fundidos, susurraron entrecortadas frases hasta alcanzar el placer en oleadas.

Después, silencio.

CAPÍTULO II

Voluptuosamente relajada, los ojos cerrados y la respiración tranquila ya, Dollie pensaba.

Pensaba en Young, que ocupaba el noventa y nueve por ciento de sus ideas y de sus sentimientos.

¡Qué extraño fue el primer encuentro…! Fue aquella tarde de últimos de setiembre. Claire, Ellen y Mary, tres de sus compañeras del Caprice Club, se habían empeñado en llevar a cabo un *picnic* en las proximidades de Bear Lake,

Partieron de buena mañana en la furgoneta del hermano de Claire. Durante los doscientos ochenta kilómetros del camino, las cuatro jóvenes bromeaban y charlaban alegremente, gozosas por sentirse liberadas en aquella mañana de finales del verano.

Luego la larga correría a lo largo de los caminos forestales, las canciones jubilosas, el murmullo de la brisa en las altas copas de los majestuosos pinos rojos y, finalmente, el inmenso Bear Lake.

Escogieron una pequeña pradera junto al lago y, tras media hora de desconcierto y lucha desenfrenada con barras de aluminio, lonas y vientos, la tienda quedó alzada.

Durante las primeras horas de la mañana, las cuatro jóvenes tomaron el sol apaciblemente, turbadoramente desnudas. Y hacia el mediodía corrieron hasta la orilla y se bañaron en las tibias aguas del lago, en medio de bromas, zalemas y grititos.

El almuerzo, suculento y abundante. Y luego, la siesta.

La temperatura había ido subiendo mucho a lo largo del día. A las tres de la tarde, el sol caía a plomo sobre el lago y convertía la superficie de las aguas en un baño esplendente de oro fundido.

Cada una escogió un lugar a la sombra, bajo las frondas de los gigantescos pinos rojos.

La laxitud, el calor, la música del magnetófono de Mary… El sueño llegó raudo y dulcemente.

Fue una larga siesta de verano. Al fin, Dollie despertó bañada en sudor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, sobresaltada.

A cinco metros de distancia, Claire la miraba, miedosa.

—No sé..., ¡parecía una explosión! —exclamó—, Y ¡mira! El extraño color del cielo...

Dollie alzó los ojos.

En efecto, el firmamento ofrecía un aspecto impresionante: el sol había desaparecido y el bosque aparecía inundado por una rara luz amarillenta que parecía traspasar con su fulgor hasta los recios troncos de los árboles.

Aquel absurdo pensamiento afloró a los labios de Dollie:

—Se diría que.,, el firmamento ha descendido, que puedo tocarlo con las yemas de los dedos.

El silencio era absoluto. No se oían los trinos de los pájaros en la enramada, ni el susurro característico de las hojas de pino, ni el leve golpeteo de las aguas del lago acariciando la orilla.

La quietud sólo duró unos segundos. De repente, se alzó aquel silbido, lejano primero y casi imperceptible; potente, rumoroso y ensordecedor después.

Una nube de polvo grisáceo inundó el bosque e hizo desaparecer sus contornos.

Simultáneamente, se desató el huracán. La lona de la tienda de campaña se hinchó como un globo y, bruscamente, los anclajes fueron arrancados del suelo y la tienda se alzó en el aire y desapareció en medio del raro torbellino.

Dollie percibió, por encima del rumor de la tempestad, los débiles gritos de espanto de sus compañeras.

Aterrada ya, se incorporó y se aferró desesperadamente al grueso tronco del árbol más próximo.

A través de aquella bruma gris, entrevió más que vio las siluetas de sus amigas, que corrían desesperadamente a guarecerse en el interior de la furgoneta.

- ¡Esperadme! —gritó Dollie, estremecida de espanto.

Soltó el tronco y se dejó llevar a impulsos del potente huracán.

Súbitamente, advirtió que sus pies se despegaban del suelo y que un torbellino desconocido la hacía girar y la elevaba y elevaba, más y más.

Cerró los ojos, espantada.

- ¡Dios mío! —murmuró—, ,Voy a estrellarme, voy a matarme!

No oía nada, no percibía nada. Sus oídos zumbaban y su corazón, golpeaba atropelladamente en el pecho

Luego sintió un golpe en el costado y los arañazos en las piernas.

Después, nada.

No sentía dolor, ni angustia, ni miedo.

Todo estaba en silencio, todo era oscuro y, al mismo tiempo, entreveía una luminosidad opaca, espectral.

«Ya —pensó—. Estoy muerta.»

Bien. No sufría, no experimentaba el menor dolor, ni siquiera pena o nostalgia.

—Si la muerte es así, no tengo motivos para desesperarme —se dijo.

Sonrió. Si es que una persona que acaba de morir puede sonreír.

«Alguien me está besando en los labios», fue su siguiente y absurdo pensamiento.

Era una caricia dulce, honda, turbadora.

—¿Besarán los ángeles? —se preguntó.

Nada, ya no había caricias, el profundo placer se había extinguido,

—Era una ilusión, un desvarío ¿Cómo podría percibir un beso, si estoy muerta?

El furioso huracán la había arrebatado del suelo. Dollie se había sentido elevada a gran altura, transportada a larga distancia y luego, estrellada, salvajemente, contra el suelo.

«Lástima», pensó.

Recordó a Malcolm Hall, su padre. Y a su madre, Sarah,

—¿Qué harán ahora? Ya nada puedo hacer por ellos..

Recordó igualmente a Ted Harper.

—No, no lo siento por Harper, por esa alimaña humana. Todo mejor que seguir soportándole un minuto más…

Un roce leve sobre sus labios. ¡Si, los ángeles podían besar!

¿Sólo besar?

Dollie notó que una mano recorría suavemente su cuerpo semidesnudo.

Una fuerza desconocida la impulsó a abrir los ojos.

Y le vio.

Era él, Young.

Era el hombre más guapo que Dollie contemplara en toda su vida. Sin embargo, Young no tenía aquella belleza casi femenina de algunos astros del cine o la canción. Young era virilmente guapo, con la belleza seca y agresiva de un tigre de Bengala.

Asombrada, llena de estupor, Dollie contempló los largos cabellos rojos, chorreantes, los ojos dorados que la contemplaban con una mirada profunda, la recta nariz, los labios anchos, bien dibujados, la enérgica barbilla cuadrada.

Y el cuerpo. Desnudo. Rotundo. Musculoso. Masculino.

Dollie movió una mano y lo tocó.

No. No era una aparición: era un ser de carne y hueso.

— ¡Estoy viva! —murmuró con un suspiro de alegría.

Pero su contento se convirtió en seguida en turbación, en

desconcierto y en pánico.

¡El cuerpo de aquel hombre! De su cuello, de su pecho, brotaba la sangre impetuosa. Hilillos de sangre recorrían su vientre, desaparecían en su sexo, contorneaban los poderosos muslos..

—¡Dios mío, está herido! —gimió ella.

Y se incorporó de un salto. El la contemplaba, impávido.

Luego giró sobre sus talones y se alejó en una corta carrera hacia el lago. Dollie le vio zambullirse de cabeza y desaparecer en las profundas aguas.

«Ha… ha preferido ahogarse a morir desangrado», pensó Dollie, espeluznada.

También ella corrió hacia el borde del lago. Por un momento, estuvo a punto de zambullirse, nadar impetuosamente, hacer algo para ayudar al extraño desconocido. Pero tuvo miedo: un miedo irracional y hondo, que la mantuvo inmóvil durante largo rato al borde de las aguas.

Luego, muda de espanto, se alejó de allí a la carrera. Pero no fue muy lejos: detrás de ella resonó el grito ronco y poderoso.

Se detuvo en seco, giró: allí estaba él, erguido y chorreante, al borde del Bear Lake.

—¡No es posible! —murmuró Dollie, estupefacta, trémula.

Su mente se resistía a creer lo que era evidente: aquel hombre no se había ahogado, estaba vivo, corría hacia ella velozmente.

Cuando él se detuvo a unos pasos de distancia, Dollie le contempló, asombrada. No sangraba ya, aunque eran visibles el profundo tajo del cuello y la herida que mostraba en su costado izquierdo.

—¿Cómo… cómo se llama, quién es usted? —preguntó ella, atemorizada.

El pronunció una palabra ininteligible.

—¿Young? —inquirió ella, vacilante.

El hombre movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Así que se llama Young. Oiga usted, señor Young, todo esto es absurdo —exclamó Dollie, impetuosamente—, Un huracán me arranca de mi campamento y me lleva a gran distancia... Caigo desde gran altura y no recibo el menor daño —Dollie contemplaba, estupefacta, sus piernas, sus brazos, sin huellas de los arañazos que ella había percibido claramente en su caída—. Y ahora, usted aparece chorreando sangre, se sumerge durante media hora en el lago y ¡sale afuera como si tal cosa! ¡No puedo entenderlo! Usted dirá que soy una ignorante, una estúpida, pero lo cierto es que no creo una palacra. ¡Debo estar soñando!

El no dijo nada.

Dollie, nerviosa, se alejó unos pasos, pero volvió en seguida, impetuosa.

—Bueno, no me explique nada, si lo prefiere. Habrá que hacer algo —gruñó, impaciente—. Si voy a ayudarle, tendré que buscarle ropas.. ¡No voy a llevarle así al hospital!

Young la miraba fijamente. Se diría que trataba de captar el significado de las palabras de Dollie Hall a través de sus ojos.

—Espere aquí —decidió ella, por fin—. Volveré al campamento, trataré de encontrar algo. No se mueva, ¿eh?

El hombre asintió, mansamente.

Y Dollie se alejó a la carrera.

El sol había vuelto, la turbulencia atmosférica había desaparecido Dollie se detuvo en un claro del bosque y trató de orientarse.

Caminaba a lo largo de un sendero, cuando bruscamente tropezó con su amiga Claire.

— ¡Dollie! ¡Por fin! —exclamó su compañera—. Llevamos más de una hora buscándote desesperadamente. ¿Dónde . dónde te metiste? ¿Qué fue lo que ocurrió?

Dollie tragó saliva. <,Cómo explicar lo... inexplicable?

—Me... perdí ¡Sí, eso fue lo que ocurrió! ¡En medio del polvo y el huracán me extravié! —respondió, insegura.

—Gracias a Dios —murmuró Claire, acongojada—. Creímos, pensamos...

—No pienses más. Volvamos ahora al campamento —propuso Dollie. Y tomó a Claire por una mano y la arrastró, trocha adelante.

Poco después, las cuatro amigas se reunían en el campamento. Ellen y Mary habían hallado la tienda a quinientos metros de distancia y estaban plegándola para cargarla en la furgoneta.

—He hallado a un hombre herido a un par de kilómetros de aquí —declaró Dollie.

Claire, Mary y Ellen la miraron, estupefactas. Y luego, de improviso, las tres prorrumpieron en una alegre carcajada.

—Es tu especialidad, querida Dollie —se burló Mary—, ¡Tú siempre tropiezas con hombres!

CAPÍTULO III

—He encontrado esto —dijo Mary, mostrando el «mono» de mecánico—. Es todo cuanto podemos ofrecer a ese hombre.

Era una prenda holgada y limpia. Dollie la cogió y anunció:

—Esperadme. Estaremos de vuelta en media hora.

En efecto, no mucho tiempo después aparecía en el campamento. Young la seguía.

Sus tres amigas contemplaron ávidamente al hombre. Sus cabellos rojos, ya secos, se agitaban como una aureola de cobre bruñido al impulso de la brisa vespertina.

—Tienes mucha suerte, Dollie —murmuró Claire en un susurro—. También a mí me hubiera gustado tropezar con un tipo tan hombre como ése...

—No perdamos el tiempo o se nos hará de noche en la carretera —exclamó Mary, expeditiva—. Todo está recogido, de modo que subamos y salgamos zumbando hacia la ciudad.

Las mujeres se acomodaron en los asientos delanteros del amplio vehículo. Young, un tanto embarazado, ascendió también y se dejó

caer en la parte posterior de la furgoneta.

Durante el regreso, sus amigas bromearon constantemente con Dollie a costa de Young. Pero Dollie no parecía estar para bromas: silenciosa y taciturna, rumiaba para sí sus pensamientos.

Pensaba en Young, en aquel individuo extraño y atractivo.

Young que la había despertado a besos, Young que la había vuelto en sí con turbadoras e íntimas caricias, Young, que parecía mortalmente herido y, sin embargo, viajaba ahora en compañía de cuatro mujeres sin dar muestras de sentir la menor molestia.

Hacia las diez de la noche, la furgoneta alcanzaba los suburbios de la gran ciudad.

—¿Y ahora? —preguntó Claire, volviéndose en el asiento del conductor.

—Al hospital general —respondió Dollie, sin dudar—, Young tiene dos horribles heridas en el cuello y en el pecho. Desde luego, han dejado de sangrar misteriosamente, pero está claro que necesita ayuda médica urgentemente.

—Muy bien, nena —respondió Claire, festiva—, Llevaremos al hospital a tu príncipe encantado,

Las calles de la ciudad estaban congestionadas por el tráfico. A un embotellamiento sucedía otro, por lo que Claire optó por tocar ininterrumpidamente el claxon y agitar un pañuelo rojo fuera del vehículo, con lo cual media hora después su furgoneta alcanzaba, por fin. el aparcamiento de urgencias del hospital general.

Dollie se volvió hacia atrás.

—Baje, Young —indicó.

Empujó la portezuela de la derecha y bajó ágilmente de un salto.

Una ambulancia llegó en aquel momento haciendo sonar su angustiosa sirena de forma estridente. Su conductor dirigió una rápida mirada a las bronceadas piernas de Dollie, que vestía sus cortísimos *shorts* playeros, y luego el vehículo desapareció en el acceso subterráneo de la sección de urgencias.

—Bueno, baja o qué —exclamó Dollie, impaciente.

Dentro de la furgoneta se oyó el rumor de unas risas estranguladas. Y en seguida la voz burlona de Ellen:

—Querida, tu príncipe encantado se ha largado por las buenas sin despedirse.

—¿Qué? —gritó Dollie, incrédula. Y ascendió al interior de la furgoneta de un salto increíble.

Claire había encendido la luz interior. No cabían dudas : Young no estaba allí.

—Pero... ¿cómo? ¿Cómo? —gimió Dollie, dolida y desesperada.

Ellen rió sordamente.

—Era de esperar, querida. Ese hombre..., ¿cómo se llamaba? Young, ¿verdad? Era demasiado guapo, demasiado bueno para ti, para nosotras. Escapó en cuanto tuvo la menor oportunidad.

Dollie miró a sus tres amigas, desolada.

—Pero ¿dónde, cuándo, cómo, por qué? —murmuró, temblorosa.

Claire la miró un momento. Advirtió el temblor de sus labios, la ansiedad de su expresión. Y comprendió

—Tonta —murmuró—. ¿Te has enamorado de él sólo en unas horas? No te hagas ilusiones, muñeca. Seguramente se trata de uno de esos millonarios de la Barbary Coast. O quizá un actor de cine de moda. Aunque .. ¡Es curioso! No recuerdo a ninguno con esa cara tan presentable.

Dollie la aferró por los hombros.

—¡Claire! ¡Debe estar cerca de aquí, lo sé, estoy segura! Yo… estaba mirándole, me volvía frecuentemente hacia atrás. Estaba aquí hace poco, ¡en el cruce de State Boulevard con Vanee Street! —exclamó, impetuosa.

Ellen puso una mano sobre su hombro.

—No seas loca, Dollie. Si tu príncipe ha escapado es porque no quería seguir con nosotras, porque tenía algo que ocultar, porque... ¡lo que sea! Es inútil que trates de encontrarle.

—Ellen tiene razón —añadió Mary—. ¡Al diablo con él! Al fin y al cabo, era demasiado bueno para ti, Dollie.

—¿Qué quieres decir, maldita sea tu alma? —gruñó Dollie, crudamente—. ¡Soy capaz de romperte...!

Claire la sujetó por la cintura, antes de que Dollie se lanzase salvajemente contra la morena Ellen.

—¡Quietas! —chilló, autoritaria. Y cuando logró dominar a Dollie, sacó un paquete de cigarrillos, ofreció uno a cada una de sus tres compañeras, encendió el suyo, exhaló el humo con un silbido de alivio y llamó la atención de la rubia con un leve pellizco en el antebrazo.

—¿Qué es lo que quieres exactamente, Dollie? —preguntó, comprensiva.

—Te lo ruego, Claire: da la vuelta. Quiero volver al cruce de State Avenue con Vanee. ¡Date prisa, por favor! —suplicó Dollie.

Con el cigarrillo en los labios, Claire dio la vuelta ante la explanada del hospital y volvió a la calle. Temerariamente, torció a la izquierda de forma antirreglamentaria, hizo caso omiso de los cláxones que hacían sonar los airados conductores ante los que acababa de cruzar velozmente y cruzó un semáforo en rojo. Un autobús estuvo a punto de embestir a la furgoneta de través, pero Claire lo esquivó hábilmente con un rápido quiebro del volante.

Diez minutos después se detenían ante el cruce de State Avenue Vance Street.

Dollie bajó de un salto, dirigió una rápida mirada a su alrededor, y luego se perdió entre la muchedumbre.

Volvió veinte minutos después, con la barbilla hundida en el pecho y la mirada esquiva.

—¿Qué ? —preguntaron sus amigas, con interés y afecto

—Nada —murmuró ella. Y subió a la furgoneta, se dejó caer desmayadamente sobre un asiento y no volvió a pronunciar una sola palabra hasta que el vehículo se detuvo en Limit Town.

—No te lo tomes a pecho —le aconsejó Claire, cariñosa—. Tal vez lo encuentres mañana, si tanto te interesa. Y parece que sí.

- ¡Era tan guapo! —exclamó Mary, nostálgica
- No te desanimes, Dollie. Un hombre más..., ¿qué puede significar en nuestra vida? —dijo Ellen, filosófica—. Mañana encontrarás otro en el club. Y olvidarás a ese enigmático Young. Que descanses.

También Claire y Mary pronunciaron una despedida. Luego la furgoneta se alejó en la noche. Dollie permaneció allí, perdida, absorta, basta que los rojos pilotos del vehículo se difuminaron en la distancia.

Al fin se puso en marcha. Caminó sin ganas hacia su bonito chalet, buscó una llave en su bolso, abrió y entró.

Dejo caer de cualquier manera su macuto, las bolsas de campo... todo el entusiasmo que le animaba aquella mañana al emprender la excursión había desaparecido como barrido por un huracán.

Pero ¿por qué? ¿tanto podía significar un hombre, por atractivo que fuera, para una joven mujer como Dollie Hall? Parecía estúpido: ella se codeaba, trataba a centenares, a miles de hombres de todas las clases sociales, de aspectos diversos, unos gordos y calvos, otros jóvenes, apuestos, apetecibles, elegantes, ricos.

— Por unos momentos he vivido la auténtica felicidad.— Murmuro entre dientes. — Por unos minutos he sabido lo que era sentirse mejor. ¡Mujer sin más! Sin venderme por unos dólares, sin exigir nada y sin que me exijan. Y ahora…

Entro en el cuarto de baño, se desnudó, abrió los grifos... Sentía ganas de morir. Y... nada más fácil: una buena dosis de metadona, de L.S.D., de cualquier cosa... O tal vez no, quizá fuera más fácil abrirse las venas de tas muñecas con una afilada cuchilla y luego desangrarse dulcemente en el tibio baño perfumado.

Dollie miró la cuchilla. La tenía entre sus dedos junto a ella humeaba el vapor del baño de burbujas que exhalaba una fragancia dulce y cálida.

¿Por qué no?

Rabiosa, arrojó la cuchilla al inodoro.

No Para Dollie Hall no podían ser las soluciones fáciles, reposadas, carentes de vigor y de frenético impulso.

Estaban Malcolm y Sarah Hall, sus padres.

Se introdujo en el baño, pensativa.

«Tal vez le encuentre mañana», pensó, esperanzada. Y una tímida sonrisa frunció sus facciones delgadas, nano relajó sus nervios excitados. Y volvió a pensar en Malcolm Hall, su padre, el hombre que la había

incitado a entregarse a otros desde jovencita a cambio de... dinero, por supuesto.

Pero ¿qué culpa tenía Malcolm Hall, alcohólico a los dieciséis años, hijo de un inglés homosexual de una mujerzuela de Perrin Gate?

Claro que su madre, Sarah, no tenía unos orígenes mucho más limpios: mediocre actriz, había ido a parar a burdeles de lujo en su madurez, Y finalmente había recalado en el puerto, en las tabernas, en los prostíbulos más impresentables. ,

La amarga sonrisa parecía helada en los labios de Dollie Hall,

Pero ¿para qué recordar cosas tan desagradables?

Cerró los ojos y rememoró aquellas vivencias increíbles al borde del Bear Lake. Sí... Cuando se creía muerta, el dulcísimo contacto con aquellos labios que la elevaban a un paraíso exento de inmundicias y de hedores. Y luego. ¡Young! Sí, Young, ensangrentado, magnífico, impecable en su virilidad latente, en el brillo de sus ojos de oro, en la suavidad de sus movimientos y caricias, mil veces deseable —y no sólo carnalmente— en su enigmática apostura impenetrable.

Se esforzó en recordar sus facciones Aquella mirada intensa que parecía traspasar su cerebro, aquella actitud inescrutable...

Pero la de Young, aunque extraña, no era una expresión sombría. ¡Al contrario! Dollie se habla sentido traspasada, penetrada por la confianza, por la entrega absoluta, por la conciencia de que ningún mal podría emanar de aquel hombre magnífico.

Porque era cierto, ¡absolutamente cierto! En presencia de Young, Dollie se había sentido segura, protegida, como si un aura de bondad y poder absoluto la rodease.

Abandonó el baño. Al apoyar su pie derecho sobre el piso de cerámica vitrificada, resbaló y estuvo a punto de desnucarse sobre el

borde de la bañera.

Dolorida, se alzó con cuidado y murmuró:

—He podido matarme. ¡Dios mío, ahora que he encontrado a Young!

CAPÍTULO IV

Dollie abandonó su chalet a las siete de la tarde.

Había dormido un par de horas, tras su infructuoso y agotador peregrinaje matinal alrededor de la zona de State Avenue Vance Street.

A pesar del descanso de la siesta se sentía muy cansada, pero tenía que acudir a su trabajo en el Caprice Club, mal que le pesase.

A pesar de su fatiga, Dollie Hall ofrecía una lindísima figura aquella tarde: un traje sastre beige realzaba y conjugaba su cabellera rubia y el aire un tanto frágil de su silueta.

Ya se disponía a introducir la llave en la cerradura de la puerta de su coche, cuando oyó aquel siseo.

Alzó la cabeza, miró por encima del techo de su coche. Y vio el imponente Rolls-Royce de Aldo Manguarini.

—Señorita Hall —gorjeó desde el interior de su regio automóvil el obeso industrial de Fallgreen Plane

El chófer, al volante, dirigía su mirada hacia adelante, bien domesticado. Detrás sólo se sentaba Aldo Manguarini.

Dollie chasqueó la lengua expresivamente. ¿Complicaciones? Había quien aseguraba que Manguarini era, el jefe de la Mafia en toda la costa oeste. Aquel tremendo personaje de ciento veinte kilos de peso parecía encaprichado de ella en las últimas semanas. Asiduo del Caprice Club, Manguarini la había invitado varias veces a su mesa e incluso había donado una generosísima propina para el personal.. , además de ochocientos dólares para Dollie.

Pero ella sabia cumplir con su papel. Los «monstruos sagrados» del Caprice Club no eran otros que aquellos individuos que podían pagar desahogadamente todos sus caprichos. Y Manguarini era uno de ellos. Había, por tanto, que cuidarle y mimarle.

Caminó graciosamente a través de la calzada y se detuvo a un metro del carísimo automóvil de Manguarini. Un coche blindado, por cierto.

—Quisiera hablar un momento con usted, señorita Hall. *Prego!* —susurró el hombre. Y se deslizó sobre el asiento de terciopelo auténtico para dejarle suficiente sitio.

Dollie asintió con leve gesto. ¡Todo por el negocio! Iba a cerrar la portezuela, cuando ésta golpeó por si misma contra la cerradura y quedó herméticamente asegurada

Sin que apenas Dollie pudiera advertirlo, el automóvil se puso en marcha. Ya iba a murmurar unas palabras de protesta, cuando Manguarini apoyó una de sus manos, casi femeninas por lo delicadas, sobre el brazo de la joven.

—Permítame que sea yo quien la lleve hoy a su puesto de trabajo, señorita Hall —ofreció. Y añadid rápidamente—: ¿Café, licores, un cóctel?

Del respaldo del asiento delantero se desprendió un panel que dejó al descubierto un pequeño pero bien surtido bar empotrado e iluminado indirectamente.

«Ya veo —pensó Dollie,, un tanto irónica—. El *capo* trata de impresionarme con su mundo de superlujo.»

Pero habló en voz alta rápidamente:

—Café, por favor.

Aldo Manguarini tomó dos tazas del bar empotrado, las puso bajo una pequeña espita dorada y bajó una palanquita del mismo metal. El café cayó en seguida, desprendiendo su aromático e intenso aroma Manguarini tomó un azucarero de porcelana china, puso un terrón en la taza de Dollie y dejó caer tres en la suya propia.

El automóvil rodaba suavemente, sin la más leve trepidación. Automáticamente, se habían corrido visillos posteriores y laterales, que dejaban el amplio habitáculo interior en agradable intimidad.

Dollie bebió el ardiente liquido a pequeños y rápidos sorbos. Luego dejó la taza en la diminuta bandeja y se volvió a mirar a Manguarini.

—La amo, señorita Hall —dijo éste, de pronto, brillantes los ojos, dilatadas las anchas aletas de su nariz.

—¿Me ama?

—Bueno, digamos que la deseo fervientemente Y., quiero que lo sepa; un hombre como Aldo Manguarini jamás conseguiría por la fuerza a... *Bene,* una mujer tan bella como usted. Me consideraría indigno si utilizase para ello otros medios que.,., ¡ejem!, me repugnarían, créalo.

Dollie abrió su bolso para tomar un cigarrillo, pero Aldo, atento, le ofreció presto su pitillera de oro y brillantes. Dollie, pues, tomó un cigarrillo y advirtió de un rápido vistazo la marca dorada de Manguarini cerca de la boquilla. Cigarrillos especiales, todo un lujo.

Dollie esperó que él tomase un pitillo, pero el millonario sacó

una cigarrera y seleccionó un habano. En la vitola estaba impreso su nombre, naturalmente.

Luego fumaron en silencio. El hermético chófer de Manguarini conducía el coche a lo largo de solitarias y discretas avenidas. Apenas podían percibirse las escasas detenciones del vehículo, ni, por supuesto, sus arrancadas. Todo era leve, suave, placentero. Como la música que sonaba, *sotto voce,* en el interior del cómodo automóvil,

—¿Qué responde, señorita Hall? —habló Manguarini, al fin—. Se lo juro, no es un capricho. Se trata de algo más importante y duradero. No sé si está al tanto... Soy un hombre casado, tengo tres hijas, pero... Sinceramente, mi tercera esposa no me satisface. Usted, por el contrario, me apasiona. He soñado con usted. En la soledad de mi alcoba quizá la haya idealizado. No sé... La necesito, eso sí es concreto. Desde luego, usted vendría a vivir a mi casa de Thilshire Boulevard, no le faltaría nada. Dispondrá de dinero abundante, de coches, servicio, todo lo que se le antoje. Tendría, incluso, libertad para disponer de tiempo libre. Sólo exijo, humildemente una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Dollie, cauta.

—Fidelidad. Lo que toca Aldo Manguarini, nadie debe tocarlo —respondió el magnate, hermético ahora.

Dollie se mordió los labios.

¡Maldita casualidad, maldito capricho de Manguarini! Ella no deseaba encerrarse en un palacio de cristal, con vajilla de oro y porcelana, criados de librea y automóviles blindados.

Ella sólo quería a... Young. Y ahora un tipo tan poderoso y temible como Aldo Manguarini se prendada de ella, se empeñaba en apropiársela, en contratarla en… privatizarla.

—Se lo agradezco mucho, señor Manguarini murmuró, al cabo —. Comprendo que es un honor para mí, pero dudo mucho que yo pueda complacerle. Compréndalo, no soy una mujer refinada...

—Yo no quiero una mujer refinada —la interrumpió el hombre, sin brusquedad—. La quiero a usted, señorita Hall.

—Pero .. Claire Simpson o Ellen Queen son mujeres espléndidas, sofisticadas, mil veces experimentadas y atractivas. Usted las conoce. E incluso las ha preferido a mí en multitud de ocasiones...

Manguarini alzó su mano izquierda y acarició el fino mentón de Dollie.

—¿Celosa? —se encendió—. No, créame, quien me interesa es usted. No me interesan las demás. Usted es., ¿cómo podría expresarlo, *madonna!* Usted es más. . fresca y natural, más sencilla y espontánea Créame, no quiero atosigarla, presionarla. Pero me gustaría que usted me diera una respuesta.

Dollie suspiró hondamente.

—Me siento tan... desconcertada —en realidad se sentía rabiosa y frustrada—. Se lo ruego, deme algún tiempo. Lo pensaré, se lo prometo. Y le comunicaré mi decisión en cuanto la haya tomado,

Manguarini separó su mano. Miraba hacia adelante cuando dijo:

—Que sea cuanto antes, señorita Hall. Como habrá podido constatar, soy un caballero. Amable, galante, discreto... Pero también soy un hombre tremendamente fogoso e impaciente.

El automóvil se detuvo ante el aparcamiento del Caprice Club.

Manguarini tendió su mano a Dollie y la retuvo un momento entre las suyas.

—Vaya ahora —dijo—. Esperaré sus noticias con ansia.

Dollie murmuró una despedida, bajó y se alejó, contoneando levemente las caderas.

Aldo Manguarini entornó los ojos y la siguió con la mirada, ávidamente, hasta que la silueta de Dollie se perdió tras el ángulo del moderno edificio del club.

—*Andiamo* —ordenó a su chófer. Y se recostó en el asiento.

Su mano izquierda acarició con suavidad la porción de asiento, todavía tibia, que había ocupado hasta un momento antes Dollie Hall.

* * *

Metió la llave, la giró, empujó la puerta.

El rudo bofetón la arrojó sobre el bello macetero del ficus gigante y Dollie rodó violentamente sobre el pavimentó.

Murmuró algo entre dientes, se enjugó los labios, retiró la mano manchada de sangre y elevó la mirada.

— ¡Ted! —gimió, dolorida.

El hombre que había estado acechándola tras la puerta avanzó dos pasos,

—Levántate —gruñó entre dientes.

Dollie se alzó del suelo, temblorosa. Y en cuanto es tuvo en pie, Harper la rechazó de dos salvajes bofetones que dieron nuevamente en tierra con la mujer.

Aterrada ante aquella incomprensible explosión de violencia, la mujer trató de escapar. Rodó sobre el brillante pavimento, apoyó una mano sobre el marco del lavabo, gimió..

Una ruda patada en el costado la obligó a chillar de puro dolor. Pero instantáneamente su respiración se cortó. Dollie jadeó, asfixiada, tosió, se agitó trémula. Un grito de horror pugnaba por brotar de su garganta.

—¡Chilla cuanto quieras! —exclamó el hombre—. Son casi las cinco de la madrugada. ¿Quién crees que puede venir en tu auxilio, estúpida?

Avanzó despacio, contoneando las caderas. Y volvió a golpearla salvajemente en el costado con la puntera de su bota.

Dollie dejó escapar un chillido y se hizo un ovillo, incapaz de defenderse, de superar el vivísimo dolor. Parecía una niña indefensa, desvalida, plegadas las piernas para proteger el pecho y las manos oprimiendo desesperadamente su rostro y su cabeza.

El hombre pasó por encima de su cuerpo. Dollie escuchó sus pasos y luego el característico glu-glú del licor cayendo sobre una copa.

«Borracho, chulo indecente», pensó. Pero no llegó a pronunciar aquellos insultos, porque se sentía íntimamente atemorizada.

Nuevamente los cadenciosos pasos del hombre. Y, súbitamente,

el chorro de licor, cayendo, ardiente, sobre sus manos, escurriéndose entre los dedos, lacerando su rostro escarnecido y arañado.

— ¡Dios mío! —murmuró, cegada por el licor.

Ted Harper la observó un momento con expresión cínica. Y luego la tomó por debajo de las axilas y la arrastró hasta el salón. No era hombre corpulento, antes bien delgado, casi esquelético, pero poseía la fortaleza suficiente para cargar con los cincuenta kilos de peso de Dollie Hall. Bruscamente la dejó caer sobre el diván.

—Tienes que explicarme todo eso —dijo él, vagamente. Y se sirvió una copa de brandy que, ahora sí, bebió a pequeños sorbos.

Al fin, Dollie enjugó sus ojos con un pañuelo que sacó a tientas de un bolsillo. Entreabrió los párpados, temerosa, y miró al hombre.

Vio aquellas mejillas descarnadas, los delgados labios pálidos y fruncidos, el rictus inmisericorde y duro de los músculos faciales, los descoloridos ojos azulencos que sólo reflejaban egoísmo y codicia.

—¿Qué… quieres que te explique, Ted? —murmuró ella, como una queja apenas audible.

Harper dejó escapar una carcajada sin eco.

—No te hagas de nuevas conmigo, nena. ¿Has olvidado que Ted Harper está siempre al tanto de sus negocios? —con un hábil movimiento puso en sus delgados labios un cigarrillo del paquete que acababa de sacar. Dio un trago a su copa de brandy y murmuró—: He sabido lo de Manguarini.

Dollie se enjugó la sangre que brotaba, sin cesar, de sus labios partidos.

—Yo. El estaba esperándome en la calle, hace una semana —pronunció con dificultad—. Me propuso.

—Sé lo que te propuso —la cortó Harper, con un ademán expeditivo.

Dollie se incorporó.

— ¡Te lo juro, Ted! No te he engañado, no te he ocultado nada. Le dije a Manguarini que lo pensaría. Pero, créelo, me trató como a una dama. Ni siquiera me tocó… No hubiera hecho nada sin consultar

contigo.

Harper escupió sobre la falda de la mujer.

—Idiota —gruñó—. No se trata de eso, sino de todo lo contrario.

—No comprendo...

Las demacradas facciones del *maquereaux* se tensaron en una mueca horrible.

—Idiota —gruñó, sin alzar la voz—, ¿Es que no comprendes lo que nos conviene? —aspiró profundamente el humo de su cigarrillo, las delgadas mejillas dibujaron perfectamente el contorno de sus molares—, Manguarini. Eso es lo que nos conviene.

—Pero,..

Harper se dejó caer en un sillón frente a la mujer derrumbada. La observó fríamente durante unos segundos y dijo.

—Debes decir sí.

Dollie apoyó el codo derecho en el reposabrazos del diván, se irguió y miró a Harper, despavorida.

—Quieres que me entregue a Manguarini —murmuró, como si no pudiera dar crédito a aquella idea—, ¡Y me has golpeado por eso!

Los sillones estaban tapizados en terciopelo sintético. Harper apretó su cigarrillo sobre la brillante superficie color tabaco y la colilla humeó un momento, dejando un círculo negruzco sobre el tapizado.

—Nunca he logrado explicarme por qué te tomé bajo mi protección, Dollie Hall. Verdaderamente, careces de cerebro, eres incapaz de engendrar una sola idea inteligente —pronunció el hombre, aburrido. Tornó a servirse un chorro de brandy y se llevó la copa a los labios con un ademán tembloroso—, Pero voy a despejar tus ideas: Manguarini es nuestro porvenir. Es rico, riquísimo. Pero no se trata sólo de eso: es el hombre más poderoso de California. Le basta un solo gesto para que diez tipos desaparezcan para siempre del mapa. Otro casi imperceptible gesto y cien mil personas se declaran en huelga en esta ciudad. ¡Oh, torpe, torpe, torpe Dollie Hall! ¿Es que no lo comprendes? Con Manguarini nos enriqueceremos. Te dará el dinero que pidas, te cubrirá de oro, hasta tus menores deseos se verán

rápidamente convertidos en increíble realidad. Pero tú, pobre estúpida, que ni siquiera mereces que Aldo Manguarini te haya escogido entre miles, entre cientos de miles de mujeres, lo arrojas todo por la borda.

—Ted.

—¡Silencio! —rugió Harper, encolerizado—. No mereces ni la centésima parte de lo que he hecho por ti. Yo hablé a Manguarini, yo desperté sus deseos, ¿comprendes? Y tú… ¡por poco arrojas por la borda todo mi trabajo! Sí, sé que has declinado su ofrecimiento, sé que te has negado a ir a vivir con él al palacete de Thilshire Boulevard. *Lo sé.*

Dollie se puso en pie como una sonámbula, abrió una cigarrera y sacó un cigarrillo, que puso inmediatamente en sus labios. Pero Harper saltó sobre ella, arrancó el pitillo de sus rotos y ensangrentados labios y la arrojó violentamente sobre el diván.

—Quédate ahí —pronunció con voz fría, mientras sus ojillos descoloridos la vigilaban inclementes—. Quiero que me oigas.

Dollie suspiró quedamente.

«Young —pensó—, ¿Por qué no estás aquí?»

Se sentía absolutamente indefensa frente a la fría crueldad de Ted Harper, el hombre que la había explotado durante tres largos años. Los golpes, la sensación de impotencia, sus vestidos sucios y llenos de sangre, la flojedad de sus piernas,,

Al fin, alzó el rostro.

—¿No te importa que me entregue a Manguarini? —preguntó, rabiosa,

—No —respondió él—. Debemos aprovechar esta ocasión sin precedentes.

Dollie plegó los abultados labios en un rictus amargo.

—Ya sé. He oído decir que sales a menudo con un jovencito llamado Jocklyn Bowlden, un cantante punk o algo parecido —murmuró, rencorosa— ¿Es que ya no me deseas. Ted?

Harper se puso en pie. .

—De una vez por todas, Dollie, debes saber quién es el amo —gruñó.

Súbitamente la agarró por los largos cabellos y la atrajo de un tirón bestial. El alarido de dolor de la mujer se mezcló con el chillido del hombre, preso de un agudo ataque de violenta histeria.

De repente, la rodilla de Harper chocó contra el rostro de la mujer, que cayó al suelo, conmocionada. Harper se retiró un momento, con la rodillera de su pantalón manchada de sangre,

Pero en seguida se inclinó sobre la mujer,

En el paroxismo de su furor, agarró a Dollie por los largos cabellos rubios y la arrastró con saña a lo largo del pasillo.

De pronto, Harper se detuvo, soltó a la mujer y se volvió en derredor, en mitad del vestíbulo.

—¿Quién anda ahí? —gruñó, receloso.

El silencio fue la única respuesta. Respiró con ansiedad, abrid la puerta con cautela, echó una ojeada afuera y volvió, nuevamente dueño de sí mismo.

Cerró de un portazo y se inclinó sobre Dollie. Cruelmente, agarró su oreja izquierda y la retorció sañudamente hasta que la joven chilló estridentemente.

—Tienes que aceptar a Manguarini —rugió él.

Dollie gimió apenas. ¿Qué era aquel lacerante pinchazo en sus entrañas? Lo adivinó en seguida: una costilla rota estaba arañando sin misericordia su pulmón derecho.

Quiso ponerse en pie, pero el dolor se hizo más agudo, intolerable, alucinante, Y entonces una bocanada de sangre espumosa afloró a sus labios,

Dollie se sintió morir. Lentamente su cabeza cayó hasta golpear contra el pavimento.

Resonó un crujido espeluznante. Aterrado. Ted Harper se volvió de un respingo.

—¿Quién diablos..,?

En aquel momento los cristales esmerilados color caramelo de la puerta se deshicieron en fragmentos y la fuerza huracanada del viento obligó a Harper a retroceder.

Espantado ya, se aferró al tronco del ficus. Fuera, el viento zumbaba ensordecedor.

—Young... —murmuraban apagadamente los labios de Dollie Hall.

La puerta del vestíbulo saltó arrancada de sus goznes como si las zarpas de un cíclope la acabasen de empujar.

Un torbellino de polvo, cristales, astillas y ramas rotas penetró a través del hueco y azotó las descarnadas facciones de Ted Harper.

En aquel momento se apagó la luz y la casa quedó en tinieblas. Poco a poco, la violencia del huracán cedió y todo quedó en calma, aunque el pavimento del vestíbulo aparecía cubierto por una densa capa de polvo, arena, cascotes y ramas desgajadas.

Harper pronunció una sorda maldición. Apenas podía explicarse cuanto acababa de ocurrir. ¿Un huracán salvaje, un tifón que había escapado a las previsiones de los meteorólogos?

—Young... —murmuraron los exangües labios de Dollie.

Harper estaba mirando la silueta de la mujer caída, cuando advirtió que una sombra densa velaba la puerta que daba al jardín.

—¿Quién es usted, qué diablos hace aquí? —preguntó, espeluznado.

Pero su alma de criminal empedernido no se arredró del todo. La elevada figura que se recortaba a contraluz en la puerta correspondía a un hombre. Un hombre de carne y hueso. Y contra los hombres, Ted Harper tenía su temible navaja de veinte centímetros de acerada hoja.

Reunió una pizca de valor y avanzó unos pasos.

— ¡Quieto ahí! —gritó, sacando valor de donde no lo había—, ¿Quién diablos es usted?

—Young —oyó que le respondía una voz serena.

Harper respiró con un estertor jadeante.

—¿Young? No le conozco. Lárguese. Todavía está a tiempo... ¡Márchese! —gritó, histérico ya.

Pero la oscura y gigantesca silueta siguió avanzando. Y luego se inclinó sobre el cuerpo inerte de Dollie Hall.

—Sí, la he golpeado yo. ¿Y qué? —rugía Harper, envalentonado —, Es una de mis chicas. ¿Qué diablos le importa a usted? ¿Por qué ha entrado aquí, quién le dio velas en este entierro, maldito entrometido? Escuche, soy Ted Harper. Mucha gente me conoce. Y me teme. Lárguese antes de que...

Calló de repente.

Aquel hombre acariciaba suavemente el ensangrentado rostro de Dollie Hall, sin dedicar a Harper la menor atención. Y en aquel momento, el rufián sintió miedo. Un miedo hondo, pavor que surgía de lo más profundo de su corazón.

Súbitamente, sin previo aviso, se lanzó sobre el desconocido en un extraño impulso desesperado. La afilada hoja de la navaja automática brilló con un destello plateado al surcar la penumbra.

Ansiaba matar. No sabía por qué, pero necesitaba matar, hundir ciegamente la hoja de su navaja en el cuerpo de aquel intruso.

La sombra no se movió. Harper, que esperaba alguna reacción, saltó sobre él y quedó ridículamente despatarrado sobre el pavimento, junto al marco de la puerta, sin que el acero de su navaja hubiera rozado siquiera a su contrincante.

Yerto de espanto, se rebulló en el suelo, dispuesto a repeler la esperada reacción del enigmático intruso. Pero aquel hombre seguía inclinado sobre si inmóvil cuerpo de Dollie Hall. Murmuraba frases apenas audibles en un idioma extraño, que Harper no podía comprender.

Al cabo, el rufián se incorporó silente. El intruso le daba la espalda, luego sería fácil apuñalarle, clavarle una y cien veces la hoja de la navaja en el robusto dorso.

En aquel momento el desconocido se volvió. A la leve luminosidad que procedía de la calle, Harper contempló aquellas facciones impávidas enmarcadas en una roja cabellera resplendente.

Dejó escapar un grito con el que sólo pretendía darse valor a sí

mismo y saltó sobre Young.

La mano enguantada aferró su muñeca armada y le detuvo fácilmente.

Harper cayó de rodillas sobre el pavimento y gimió de forma escalofriante.

¿Qué... qué era lo que estaba sucediéndole? Las fuerzas le habían abandonado, su valor se desvanecía, la navaja golpeaba sordamente contra el suelo.

Y luego...

Un vahído terrible, una tremenda, tenebrosa perturbación que alteraba sus entrañas, ponía un frío de hielo en su epidermis e impulsaba su cerebro en una vorágine, en un angustioso vértice que desmenuzaba su razón hasta disgregar su razón en la nada...

Bruscamente, el intruso le soltó. Harper vaciló un instante y luego su rostro golpeó violentamente el pavimento.

CAPÍTULO V

Había fragantes rosas sobre la mesilla. Y una tarjeta con un mensaje ridículo: «Rendidamente, Aldo Manguarini.»

Dollie alzó la mirada y contempló a la enfermera que permanecía a los pies del lecho.

—Cada mañana, durante veintiséis días, han llegado esas rosas para usted, señorita Hall —dijo. Y añadió, seguidamente—: Un bonito detalle.

Dollie cerró los ojos. ¿Manguarini? ¡Al diablo con Manguarini! Lo que le importaba nada tenía que ver con el gánster.

—Por favor, señorita Maxwell —rogó a la enfermera—, ¡Necesito saber quién me trajo al hospital!

—Ya se lo he dicho: no lo sé —respondió la mujer con expresión equívoca—. Pero todo el mundo conoce al señor Manguarini…

La enfermera abandonó la habitación, Dollie recostó la cabeza en la mullida almohada.

Se sentía profundamente desconcertada. ¿Y quién no, en su caso? Veintiséis días de hospital, cuatro costillas rotas, una grave lesión en el pulmón derecho, los médicos la habían tenido desahuciada durante dos semanas. Y ahora, inexplicablemente, volvía a la vida…

No quería pensar en Harper. Bastaba evocar la sombría y delgada silueta de su «protector» para que Dollie se sintiese dominada por una intensa angustia.

Por supuesto, no debía haber sido Harper quien la llevase al hospital. Y el asunto no era para tomárselo a broma. El doctor McGardle lo habla especificado claramente, una semana atrás:

—Tuvo suerte, señorita Hall. Si hubieran tardado media hora más en traerla al hospital, nada hubiéramos podido hacer por usted. Su pulmón derecho estaba prácticamente desgarrado y la hemorragia parecía incontenible. Por fortuna, contamos con la ayuda inestimable del doctor Nougy, un cirujano con una habilidad casi milagrosa. Caso contrario…

La policía la había visitado unos días atrás. El teniente Davidson quería saber —aunque con un interés rutinario— quién la había golpeado de forma tan salvaje y despiadada.

Ni siquiera la propia Dollie podía explicarse por qué había protegido a Ted Harper.

—Fue... un accidente de automóvil. Mi coche... patinó, me... clavé el volante en el pecho .

¿Por qué mentía, por qué amparaba a un sádico criminal de la talla de Harper?

Había una respuesta: miedo. Y la ley no establecida entre todos aquellos que se mueven y pululan al margen de la ley... Silencio, ¡chist!

Davidson se había marchado, no muy convencido, para decir la verdad. Pero al policía le bastaba con rellenar un formulario y tomar unas notas en su bloc. ¿Para qué más..,?

Pasaban los días. Dollie Hall mejoraba, pronto le darían de alta en el hospital y podría volver al trabajo tras unas semanas de convalecencia. El Caprice Club, los ricos clientes intocables, las manos ávidas de palpar, las groseras insinuaciones, el acoso constante de aquellos individuos podridos de dinero...

Dollie plegaba los carnosos labios en un rictus amargo. Aquel mundo que le había parecido satisfactorio dentro de sus limitadas posibilidades, le asqueaba profundamente ahora.

Pensaba constantemente en Young, en aquel hombre enigmático, impenetrable, que encontrara, bañado en sangre, a orillas del Bear Lake.

En cierto modo, Young le daba miedo. Pero al mismo tiempo experimentaba una ansiedad casi enfermiza por volver a verle. ¿Dónde estaría, habrían sanado sus pavorosas heridas del cuello y el pecho...?

Una mañana, el doctor McGardle penetró en su habitación. La reconoció rápidamente, sonrió y chasqueó los labios, complacido.

—Bien, bien, señorita Hall. Las cosas marchan bien. Si sigue así, tal vez podamos darle de alta la próxima semana —dijo.

Ya se disponía a despedirse cuando Dollie le retuvo por un brazo.

—Quiero hablar con usted, doctor —echó una mirada a la enfermera-jefe y añadió—. Es confidencial.

McGardle miró a la joven, observó sus labios entreabiertos, ansiosos, y el brillo desmesurado de sus ojos. Se volvió e indicó a la

enfermera-jefe que examinase el cuadro clínico del enfermo de la habitación 345. Cuando estuvieron solos, Dollie exclamó:

—Necesito saberlo, doctor. Usted puede ayudarme.

—Tranquilícese, señorita Hall. ¿Qué es lo que necesita saber?

Las manos de Dollie temblaban.

—Usted mencionó a un tal doctor Nougy —dijo ella, excitada—. Según usted, fue él quien me operó…

McGardle se retiró unos centímetros. Pensativo, se frotó los párpados y respondió:

—Cierto, Y es curioso… He podido comprobar que Nougy no figura en el anuario médico. Debe tratarse de un error. Quizá no escribieron correctamente su nombre en el registro. Debo… debo confesar que es un caso extraño. Nougy apareció en el quirófano. Vestía una bata apropiada e incluso llevaba su mascarilla. Dijo que era especialista de pulmón y corazón… La verdad, cuando yo ya me sentía impotente para coser su desgarrado pulmón y al mismo tiempo contener la profusa hemorragia, Nougy tomó la tarea por su cuenta y la llevó a cabo sin la menor vacilación y con un éxito increíble… Es algo incomprensible, las constantes cardíacas habían descendido casi a cero y el anestesista estaba aterrado. Sin embargo, en cuanto el doctor Nougy se aproximó al quirófano, su corazón recobró el ritmo y la hemorragia cesó.

McGardle separó sus manos de los ojos y miró a Dollie.

—Un tipo extraordinario. Antes de que pudiera hacer el menor comentario sobre la difícil intervención quirúrgica, Nougy había desaparecido. Fue inútil que preguntara a las enfermeras ni al personal de guardia: Nougy se había evaporado como un fantasma.

Bruscamente, McGardle se incorporó.

—No sé por qué le he dicho esto, señorita Hall. En realidad, debiera haber callado. Pero mi integridad profesional me ha impulsado a decirle la verdad: no debe su vida a mi habilidad como cirujano, sino a la increíble capacidad del desconocido doctor Nougy —declaró.

Dollie se incorporó un poco.

—Dígame, doctor McGardle, ¿cómo era él? —preguntó, ansiosa.

El médico miró hacia la ventana, pensativo.

—¿Cómo era? Parecía un hombre muy joven, de unos treinta años quizá... Tenía los cabellos rojos, de un rojo casi metálico, ahora que lo recuerdo. Y sus ojos eran dorados, inteligentes... Cuando Se aproximó a mí y me habló, me sentí tranquilizado, casi seguro de que la operación no terminaría en un dramático desastre, como había temido unos segundos antes... Era joven, sí, e inspiraba confianza. Si no fuera porque yo mismo fui tendiéndole el material quirúrgico a medida que él fue solicitándole, pensaría... pensaría...

—¿Qué pensaría? —preguntó Dollie, angustiada.

—No me haga mucho caso, señorita Hall, pero lo cierto es que ahora pienso que Nougy no era real. Que era., un fantasma.

McGardle se marchó un momento después. Y Dollie Hall pensaba y pensaba sin descanso.

—Nougy, Nougy... —murmuraban sus labios.

—¡Claro! —exclamó en voz alta—. ¡Era *él!*

Young. Nougy. Las dos palabras constaban exactamente de las mismas letras, aunque caprichosamente ordenadas las del segundo vocablo, Bastaba leer «Young» en sentido inverso, interponer la «g»... Young, Nougy.. ¡era prácticamente lo mismo!

Nougy, un cirujano experto, el hombre que la había salvado, no era otro individuo que Young, el de los rojos cabellos, al borde del Bear Lake,

— ¡Naturalmente! —exclamó, gozosa—. Por eso sus terribles heridas dejaron de sangrar cuando salió de las aguas... ¡Él sabía lo que hacía, puesto que era un cirujano, un médico muy experto!

Se volvió en la cama. Sus dedos tocaron las rosas rojas enviadas por Aldo Manguarini. Y apartó la mano tan bruscamente que el *bouquet* que contenía las bellas flores cayó y se hizo pedazos contra las baldosas.

El júbilo que acababa de experimentar se esfumó.

Manguarini, el gánster que dominaba los negocios sucios de

California, seguía impertérrito su incansable cortejo. Y ahora Dollie debía confesarse a sí misma que aquel frío individuo de mejillas redondas y cuerpo grasoso le repugnaba en lo más íntimo.

Y luego estaba la amenaza de Ted Harper, que volvería sobre ella como una hiena ávida de despojos en cuanto abandonase el hospital.

«¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer?», pensó, angustiada.

* * *

Seis días más tarde fue dada de alta. Muy pálida, insegura, pero bellísima, Dollie Hall descendió la escalinata de piedra artificial a las once de la mañana.

Sus mejillas exangües, su expresión desolada, sólo eran un leve reflejo de los temores que turbaban su corazón.

No era espléndido el panorama. ¿Entregarse a Manguarini, desafiar al loco y cruel Harper? Ninguna de aquellas dos salidas la satisfacía, antes al contrario, ambas posibilidades le asqueaban y llevaban la zozobra a su corazón.

Comenzó a descender con cuidado los peldaños. Sus piernas carecían de solidez, sus labios se agitaban temblorosos…

Miró hacia abajo. Allí, bajo el grupo de palmeras enanas se encontraba un individuo que vestía un traje color beige muy elegante. Y sus cabellos… rojos, esplendentes, irradiaban un cálido reflejo de fuego.

—¡Young! —susurró Dollie, trémula.

¡Era él, él, Young en persona que caminaba con elásticos pasos hacia la escalinata!

Young, que la miraba fijamente, enviándole fortaleza y confianza a través del fulgor dorado de sus ojos magníficos. Young que ascendía como un relámpago, la tomaba en sus brazos y la sujetaba sólidamente hasta que ambos caminaron sobre la arena.

- ¡Young! —gimió ella. Y rodeó la cintura del hombre y se estrechó contra él desesperadamente.

Notó que los cálidos labios del hombre rozaban los suyos en una caricia leve pero estremecedora y ardiente.

—D-o-l-l-i-e —murmuró él con extraño acento.

¡Cielo santo, qué turbadora sensación de felicidad, de serenidad, de auténtica paz..,!

Dollie le besó, entregada, enloquecida, llena de gratitud y de amor.

Las manos enguantadas de Young apretaban su cintura, palpaban su espalda, acariciaban sus senos en una caricia íntima, dulce, voluptuosa.

Sonaron unas fuertes carcajadas. Dollie, turbada, se separó un tanto de Young. Pero en seguida le tomó por la mano y lo arrastró hacia la calle. Potente, recuperadas sus fuerzas, plena de decisión y de ansias de posesión.

El la seguía mansamente, sin pronunciar una palabra. Pero las ardientes miradas de Dollie hallaban inmediato eco en los dorados ojos del hombre.

- ¡Young, Young, tenemos tantas cosas de qué hablar! —exclamó ella, exultante.

Los temores se habían evaporado misteriosamente. La sombra amenazadora de Aldo Manguarini, el terror que suponía Harper, nada tenían que ver con aquella hora dichosa del mediodía bajo los cálidos rayos del sol.

Young caminaba a largos pasos, sin esforzarse. Y Dollie se cobijaba, mimosa, bajo los anchos hombros del hombre.

—¡Taxi, taxi! —gritó ella, arrastrándole al borde de la acera.

Un automóvil amarillo se detuvo ante ellos. Dollie empujó al hombre, impaciente, y luego tomó asiento a su lado.

—A Limit Town —ordenó al conductor, segura de sí misma. Luego se volvió hacia Young, le echó las manos al cuello y le besó profunda y apasionadamente.

CAPÍTULO VI

Despertó bruscamente y se incorporó.

Por un instante lo había temido... ¡Si todo fuera irreal, ficticio, si Young sólo fuera un sueño!

Pero, no. Estaba allí, a su lado, durmiendo serenamente, boca arriba, con las viriles facciones relajadas y sus largos cabellos rojos brillantes en la penumbra.

—Dios mío, no puedo creer que tanta felicidad sea posible —murmuró Dollie, apasionadamente.

Se sentía profundamente enamorada de Young, de aquel hombre enigmático y desconocido, al que ahora contemplaba con intensa ternura. Por fin, en plena juventud, después de unos años de vida turbulenta e irregular, se sentía dominada por un amor puro, carente de egoísmos.

Acarició suavemente el pecho desnudo del hombre y sonrió, ¡Qué hombre...! Todos los individuos que Dollie había conocido hasta entonces eran absurdos maniquíes comparados con Young. El sí que sabía hacer el amor, fogosamente, pero sin rudeza, tiernamente, sí, pero sin patetismos ni ridiculeces a que tan dados son algunos hombres.

«¿Qué dirá él cuando sepa quién soy en realidad?», pensó. Y la idea la intranquilizó.

Porque,., ¿qué podía decir a Young?

—Soy una prostituta, una mujerzuela, aunque mi jefe disfrace mi verdadera actividad bajo el significado de la palabra «camarera». Sí, he conocido a muchos hombres, a docenas de hombres... Me he dejado amar por ellos, si a eso se le puede llamar amor. Sí, estoy manchada, sucia, no puedo negarlo.

¿Cómo reaccionaría Young? ¿La abofetearía, la escupiría, dejaría unos billetes sobre la mesilla antes de marcharse? Esa sería la mayor afrenta para ella: que Young le pagase por haberla tomado en sus brazos,

El corazón golpeaba, agitado, en su pecho.

—Parece un hombre equilibrado y justo. La bondad resplandece en su rostro y en la placidez de su mirada... Quizá Young comprenda, quizá disculpe mi pasado, quizá...

Se inclinó y besó al hombre en los labios. Con desesperación, como si en su cerebro germinase la sospecha de que tal vez mañana lo perdiese para siempre. Ante la caricia, él movió los labios y suspiró, pero en seguida se oyó su rítmica y tranquila respiración nuevamente.

Acarició las cicatrices del cuello y del costado izquierdo. ¡Qué extraño! En poco más de un mes, las pavorosas heridas habían cicatrizado perfectamente, casi sin dejar marca.

Nuevamente se sintió angustiada, imaginando la reacción de Young después de haber oído su confesión, los pormenores de su triste vida anterior, las incidencias de su azarosa existencia sucia y gris.,,

Tal vez él se sentiría impulsado a disculparla, quizá entendiese como rasgo positivo las deplorables condiciones en que ella había crecido en un hogar formado por un alcohólico y una prostituta.

Sonrió, esperanzada.

Si, Young apreciaría el hecho de que Dollie se dedicase a aquel trabajo con el único fin de pagar las facturas del centro psiquiátrico privado en el que Malcolm Hall había sido internado casi tres años atrás. Claro que también pagaba los costosos tratamientos de radiaciones de cobalto que exigía el avanzado cáncer de garganta que

sufría Sarah Hall, su madre.

La luna penetraba, clara, a través de los visillos del balcón. Dollie suspiró en la lechosa penumbra de la alcoba y volvió a mirar el rostro sereno del hombre que dormía a su lado.

—Si me aceptas, te dedicaré toda mi vida —pronunció en un susurro emocionado. Y sólo ella sabía cuánto interés había puesto siempre en cumplir sus promesas.

Si, si él disculpaba su pasado, Dollie le sería eternamente fiel y juntos vivirían hasta la muerte.

Por un momento, se sintió ganada por la tentación de mentir. ¿Por qué no? Una mentira piadosa, nada más. Young parecía profundamente interesado por ella. ¿Por qué, entonces, hacerle sufrir desvelándole sus traumáticos recuerdos?

Pero, no. Si alguna cosa era cierta, Dollie sabía que era ésta: no se puede construir un amor duradero a base de falsedades.

Costase lo que costase, era preciso ser sincera. A la mañana siguiente, hablaría con Young. Sin falta. Le diría la verdad, la absoluta verdad, descarnada y fría.

Poco a poco fue adormeciéndose, abrazada a Young. A la mañana siguiente, a la mañana siguiente...

Pero cuando los rayos de un sol dorado, cegador y esplendente penetraron a través de los visillos, Dollie Hall entreabrió los párpados y advirtió que Young no estaba en el lecho.

Se incorporó locamente, le llamó a gritos desgarrados, registró la casa, pieza por pieza.

Pero Young no estaba. Había huido.

Desmayadamente, Dollie se arrastró hasta la alcoba, se dejó caer con pesadez y amargura sobre el lecho y acarició el lugar donde el hombre había yacido con ella.

Y luego prorrumpió en quedos y desesperados sollozos.

* * *

Apareció bruscamente al atardecer. Dollie permanecía ensimismada junto al mirador del jardín, contemplando los últimos rayos del sol poniente, cuando la elevada silueta de Young apareció en la acera.

Avanzaba con sus característicos pasos ligeros y elásticos, los rojos cabellos al viento y aquel aire de seguridad y confianza que emanaba de él como un fluido casi palpable.

Dollie plegó los labios en un rictus iracundo. De un salto se apartó del mirador, descendió apresuradamente la escalera y corrió hacia el vestíbulo.

Ya se disponía a tirar del resbalón de la cerradura, cuando... ¡la puerta se abrió por sí misma!

Dollie no había entregado al hombre ninguna llave de la casa, ¿Cómo había conseguido, por tanto, abrir la puerta?

Pero su cólera y su rabia eran tan hondas que, inconscientemente, relegó aquel misterio a un rincón de su memoria. En cuanto el hombre apareció en el vestíbulo, Dollie se abalanzó sobre él como una fiera y le golpeó a puñetazos.

Young no se movió, no hizo nada por defenderse. Sólo parecía un tanto asombrado por la brusca reacción de la mujer, la cual, viendo que sus golpes no afectaban al hombre siquiera, elevó sus garras y le arañó el rostro sañudamente hasta que la sangre corrió, abundante, por sus mejillas.

—¡Maldito, maldito, mil veces maldito! —gemía, histérica—. ¿Por qué, por qué, por qué has vuelto? ¡Vete, vete, te odio, no te necesito para nada! ¿Lo has oído? ¡Lárgate, me das asco!

Young la miró fijamente a los ojos.

—Sí —dijo sin aspereza. Y giró, tornó a abrir la puerta y salió.

En aquel momento, Dollie dejó escapar un sollozo desgarrador y corrió desesperadamente tras él.

— ¡No, por favor! ¡Te lo ruego, Young, no te vayas! Te lo suplico por amor de Dios, Young,. ¡Perdóname! Estaba... estaba loca de despecho, de celos, de soledad...

Se abrazaba a sus piernas, de rodillas sobre el caminillo, empapaba la fresca tela de los pantalones con sus ardientes lágrimas, temblaba como una aguja de pino azotada por el vendaval.

Young contempló aquel rostro arrasado de lágrimas, aquellas facciones convulsas, los temblorosos labios, los claros ojos suplicantes.

Parpadeó.

—No comprendo… ¿Me quedo o me marcho? —dijo.

— ¡Quédate, quédate! No podría… no podría vivir sin ti. Te lo pido: perdóname… ¡Oh, Dios mío, soy una mala mujer! Tú has hecho tantas cosas por mí. Y yo, malvada, te he herido, te he insultado… ¡Ven, ven, por favor!

Tomó al hombre por la mano y le arrastró, vehemente, hasta la casa, al tiempo que pronunciaba humildes disculpas y encendidas palabras de amor.

—¡Pobrecito mío! No… no tengo perdón, lo sé. Pero tú me perdonarás, ¿verdad, Young? ¡Ven, ven conmigo, yo restañaré esos arañazos! —cerró la puerta, impetuosa, y de repente se plantó ante él, colgantes los brazos—. ¡Pégame, Young, golpéame fuerte, lo merezco! ¡Pega, no tengas compasión de mí!

El hombre la miró un momento. Luego alzó la mano… Dollie cerró los ojos, dispuesta a recibir, sumisa, el castigo. Pero él tomó su fina barbilla y la acarició con suavidad.

Dollie, incrédula, se estremeció.

—¡Dios mío, qué generoso eres, Young! En vez de golpearme, me acaricias… —exclamó.

Fogosa, abrazó al hombre, se empinó de puntillas y recorrió el rostro herido en una íntima y leve caricia, sin importarle que sus labios se manchasen de la sangre que aún empapaba sus mejillas.

Luego le llevó al cuarto de baño y buscó algo en el botiquín para restañar los arañazos. Entretanto, Young se quitó la chaqueta y refrescó su rostro con agua fresca del grifo.

—A ver —dijo ella—. Acércate, amor mío. Mis manos curarán los mismos arañazos que mis uñas produjeron en tu rostro. Ven.

El se aproximó, se inclinó.

Los ojos gris-claro de Dollie Hall se desorbitaron. En el rostro de Young no quedaba la menor huella de arañazos: la tez, atezada, estaba lisa y pulida, sin lesión alguna.

—¿Cómo... cómo lo hiciste? —murmuró ella, atónita

Pero Young no respondió. Se limitó a tomar su chaqueta y a salir del lavabo.

Dollie suspiró, estupefacta. Miles de preguntas impetuosas se insinuaban ya en sus labios. Pero no llegó a formularlas: algo le decía en su interior que no obtendría respuesta.

En efecto. A partir de allí tendría que acostumbrarse al raro carácter de aquel hombre que hablaba sobriamente y que se negaba sistemáticamente a responder a ciertas preguntas.

Al fin y al cabo, tales detalles importaban poco a Dollie Hall. Ella quería a aquel hombre, le necesitaba vitalmente, tanto como el aire necesario para respirar.

Lo demás... Lo demás carecía de importancia.

* * *

Al fin había hablado. Dollie lo había dicho todo de un tirón. Y ahora aguardaba, temblorosa y yerta, el juicio del hombre al que amaba.

Young se encontraba a tres metros de distancia, escuchando, abstraído, la música estereofónica del tocadiscos automático.

—¿Qué ..? —murmuró ella, al cabo, ya impaciente—. ¿Qué es lo que piensas ahora acerca de mi?

Young se volvió a mirarla. Sus ojos dorados brillaban a la luz de la pantalla de pie bronceado.

—Nada —respondió él.

Dollie se incorporó de un brinco fogoso.

—¿Cómo? —exclamó, atónita—, ¿No vas a repudiarme? ¿No vas a insultarme, a llamarme ramera, sucia, asquerosa, mujerzuela?

—No.

—Pero quiero conocer tu opinión —exigió ella—. ¿Me abandonarás, te marcharás? ¡Por amor de Dios, dime lo que piensas hacer!

Se había echado a sus pies. El hombre acarició los rubios cabellos y respondió :

—Me quedaré, si tú quieres.

Dollie gimió de alegría. Abrazada a sus rodillas, lloró, rió y pronunció entrecortadas palabras de amor.

—Eres… el mejor hombre sobre la Tierra —exclamó al fin, un tanto más calmada.

Le besó en la frente, fue al bar, sirvió dos martinis secos, trajo un paquete de cigarrillos.

Entregó una copa a Young, pero el hombre se humedeció sus labios con el líquido rojo y no debió gustarle, porque dejó la copa en la bandeja.

— Sí, un hombre extraordinario —murmuró Dollie, pensativa—, No fumas, no bebes, no tienes ningún vicio manifiesto…

Por el contrario, Young devoraba cantidades ingentes de manjares, de frutas y verduras. Comía tan abundantemente que Dollie llegó a decir en un rasgo de buen humor:

—Me arruinarás… si tengo que correr con los gastos de tu alimentación.

Pero en realidad estaba encantada de verle devorar cantidades increíbles de alimentos.

Pasó una semana raudamente.

Dollie vivía como en un sueño del que jamás hubiera deseado despertar. Apenas había pensado en la amenaza que suponían Ted Harper y el gánster Manguarini. Pero es que apenas tenía tiempo para otra cosa que para amar a Young y sentirse ardientemente amada por aquel hombre sin par.

Fueron unos días idílicos, entrañables. Young prefería el campo, la playa, la naturaleza; aunque se desenvolviera sin problemas en la ciudad, no parecía sentir ningún amor por las aglomeraciones urbanas.

Iban a la playa, preparaban un asado en la arena, comían, se bañaban, corrían y hacían el amor incansablemente en los sitios más dispares, aunque siempre escogieran lugares apartados e íntimos.

En vano había intentado Dollie saber algo acerca de él. Le había hecho algunas preguntas sobre su profesión —imaginaba, con lógica, que él era médico—, su procedencia, su familia... Pero él nunca contestaba a tales preguntas y Dollie no insistía, temerosa de perderle. Por otra parte, la joven poseía una rara virtud en el sexo femenino: apenas era curiosa.

Había muchas cosas que la intrigaban respecto a la personalidad de Young, pero había llegado a la conclusión de que era imposible obtener la menor respuesta del hombre cuando éste posaba su mirada en algún lugar remoto e inaccesible.

Una mañana, ella consultó el calendario de su relojito de oro, miró a Young y dijo:

—Debo visitar a mi padre. ¿Vas a acompañarme?

—Sí, si tú quieres —respondió él.

—Te advierto que no va a ser agradable. Mi padre padece una oligofrenia irreversible. A menudo, cuando me ve, comienza a despotricar, a insultarme... No puedes imaginarte cuánto me cuesta contenerme para no recordarle que fue él quien me lanzó cuesta abajo para convertirme en la mujer que soy... Podría decirle que soy yo la que paga su costosa estancia en un centro privado y cómodo, pero comprendo que todo sería inútil. Es un pobre loco. No entendería. ¿Vienes, entonces?

—Sí —repitió él. Sacaron el Buick del garaje, subieron y abandonaron la ciudad. Dos horas después se apartaban de la carretera y rodaban por un caminillo que les condujo hasta el grupo de edificios erigidos en la falda de una bella colina rodeada de pinos.

Una enfermera les recibió en el vestíbulo. Obsequiosa, saludó a los recién llegados con una sonrisa gentil y exclamó:

—Un momento, señorita Hall. Voy a avisar al doctor Gwins.

Gwins vino al vestíbulo dos minutos después. Vestía un fresco traje azul y usaba gafas de montura dorada. También sonreía empalagosamente.

—Vengan, por favor —sugirió.

Caminaron a lo largo de un pasillo tan brillante como jaspe pulido. Eran las ventajas de pagar una cara factura mensual: instalaciones lujosas, limpias, confortables; trato amable por parte de los empleados; posibilidad de visitar a su padre cuando se le antojase.

El doctor Gwins se detuvo un momento.

—Debo prevenirles: el señor Hall atraviesa unos días de gran tensión. Me he visto obligado a prohibirle el paseo matinal por el jardín, pues se encontraba muy agitado y violento esta mañana. Les ruego, por tanto, que procuren no irritarle ni enfurecerle —recomendó.

—No se preocupe —respondió Dollie—. Sé lo que hay que hacer.

Gwins descorrió el cerrojo de una puerta blindada, echó una ojeada al interior y les cedió el paso.

El interior de la habitación estaba acolchada,. También la cama estaba acolchada e incluso la mesilla. El amplio ventanal era de cristal grueso, irrompible, impracticable, a prueba de golpes.

Un hombre delgado, de cabellos blancos y facciones demacradas estaba sentado sobre el borde del lecho, Les miró un momento: en aquellos ojos grises y brillantes latía el fuego de la locura.

—Les dejo —advirtió el médico—. Si tienen el menor problema, pulsen el timbre.

La puerta se cerró a su espalda. Young avanzó unos pasos y miró a través del ventanal. Algunas personas de ambos sexos deambulaban lenta y tristemente por los paseos enarenados del jardín.

—Papá —dijo Dollie aproximándose al lecho. El hombre permanecía inmóvil, como abstraído, ajeno a la presencia de ambos visitantes.

Dollie se detuvo. A veces, ella misma se preguntaba si era posible que sintiera amor por aquel hombre que tanto daño le había hecho a lo largo de los veinte años de su joven vida. Pero sí, por

increíble que pudiera parecer, Dollie amaba tiernamente a su padre.

Le tocó. El hombre se agitó bruscamente, giró y la miró.

Sus ojos destellaron y sus manos blancas y huesudas se crisparon.

—Largo, maldita zorra —murmuró entre dientes.

Dollie tragó saliva. Un rictus de amargura ensombreció su bello rostro juvenil. Sin embargo, permaneció allí, impertérrita, acariciando los canosos cabellos de Malcolm Hall.

—¿Por qué vienes a atormentarme, hija de mala madre? —se encrespó el anciano—. ¿Vienes a echarme en cara tus cochinos dólares ganados con la vagina? ¡Al diablo contigo, puerca meretriz de arrabal!

—¡Papá, por amor de Dios! —gimió ella.

—Sólo puedo maldecir el día en que te engendré en el vientre de tu podrida madre. Me has deshonrado y sólo puedo maldecirte. Así que será, mejor que te marches, si no quieres irritarme —insistió Malcolm, furioso.

Dollie lloraba en silencio. ¡La maldita locura había borrado toda vivencia real de la mente de su padre! Y pensar que había sido él mismo, Malcolm Hall, quien la había impulsado a prostituirse cuando Dollie apenas era una adolescente.

Escuchó los pasos de Young. Su acompañante había rodeado el lecho y permanecía ahora frente a Malcolm Hall.

El loco alzó los ojos y miró un momento a Young.

—¿Quién es este tipo? —gruñó irritado—. Ah, ya lo comprendo. Es tu chulo, tu proxeneta, el individuo que te explota y se divierte contigo. ¿Qué otra cosa podría esperar de una hija como tú? ¡Aún tienes la desvergüenza de traer a un desgraciado como éste a mi presencia!

— ¡Por favor, papá! —gimió Dollie, angustiada—. Young no es...

¿Qué pensaría Young? En su interior, seguro que estaría realizando un juicio inexorable de Malcolm Hall, de ella misma..

Pero, no. Young miraba fijamente al loco. Se diría que de sus ojos dorados brotase un fluido espectral, como dos finos hilos de oro

fundido.

—Malcolm Hall —exclamó Young en voz alta. Y el viejo volvió a mirarle, esta vez con fijeza—, Creo que usted no se merece a una hija como Dollie.

Dollie tembló. Había llegado el momento que más temía. Ante las palabras de Young, su padre rompería en un violento y loco ataque de nervios. Previsoramente pues, se puso en pie, dispuesta a presionar el timbre de aviso a la menor señal de alarma.

Sin embargo, la reacción de Malcolm Hall fue de lo más inesperada. Bruscamente se dejó caer sobre el lecho y prorrumpió en sollozos entrecortados.

Sus gemidos eran tan profundos y estremecedores que Dollie se sintió traspasada por un sentimiento de piedad. Volvió hacia el lecho, se sentó y puso una mano sobre la espalda de su padre, cuyo cuerpo se agitaba a impulso de los sollozos.

—Tiene razón, ¡tiene razón! —balbuceó Malcolm—. Soy indigno de llamarme padre tuyo. Fui yo quien, con mi desordenada conducta, con mis desgraciados actos, destrozó el hogar... Fui yo quien permitió que tu madre se arrastrase por el barro a cambio de unos dólares con los que poder emborracharme cada noche; yo quien, no satisfecho con ello, te empujé a ti, hija mía, por el mismo camino de cienos y pestilencias... Mi castigo es justo, ahora lo veo bien. Sólo tengo lo que me merezco. Pero tú... ¡tú, oh, Dollie, pequeña mía!, mereces un destino mejor, pues eres abnegada y dulce, voluntariosa y decidida, generosa y llena de piedad...

Dollie se agitó, estupefacta. ¿Era verdaderamente su padre quien hablaba? Apenas podía creerlo. Porque jamás Malcolm Hall había empleado frases tan sinceras y llenas de bondad, palabras tan dulces que calaban profundamente en su corazón Dios santo, ¿sería posible?

Emocionada, se inclinó y besó los cabellos de su padre.

—¿Es cierto, papá? —susurró—. ¿De veras piensas todo eso de mí?

El anciano se estremeció, de bruces contra el lecho.

—Sí, pequeña mía. Día tras día, mes tras mes, año tras año, has estado soportando sin una sola queja mis insultos y mis escarnios. Cualquier otra persona se hubiera cansado de recibir hiel a cambio de

miel, pero tú, no. Tú has perseverado, hasta seguido ocupándote de mí y de tu madre, procurándonos una existencia más digna con la que atenuar el castigo que hemos recibido del cielo. Tú, siempre callada y humilde, soportabas mis feroces injurias, sin rebelarte, perdonando siempre. Ahora comprendo que siempre fui injusto. Y esto es lo que me causa mayor dolor —pronunció Malcolm con voz profunda,

Dollie le abrazó prietamente.

— ¡Papá, papá, me haces tanto bien con esas palabras! Te lo juro, esto basta para compensarme. Pero, ¡te lo ruego!, no sigas llorando —pidió, trémula de emoción.

—No debes rogar, Dollie, hija mía. Soy yo quien debe humillarse y suplicarte perdón —súbitamente Malcolm Hall se dejó caer al suelo y besó los pies de su hija—. ¡Te lo ruego, perdóname!

Dollie le alzó del suelo y le abrazó.

—Padre, te perdono de todo corazón —murmuró, los ojos húmedos de ardientes lágrimas.

Malcolm murmuró algo entre dientes. Luego sus brazos se aflojaron y su cuerpo cayó de bruces sobre el lecho. En tal postura, sus labios murmuraron sin cesar frases muy excitadas pero ininteligibles, que Dollie se esforzó inútilmente en interpretar.

En aquel momento, la puerta se abrió y apareció el pulcro doctor Gwins. Dirigió una mirada al padre de Dollie, le oyó hablar entre dientes y comprendió.

—No le fatiguen más, por favor —pidió—. Es preciso que el señor Hall descanse ahora.

Dollie asintió débilmente. Miró a Young y ambos salieron de la habitación.

Poco después abandonaban el sanatorio psiquiátrico y se alejaban en el Buick azul.

Dollie conducía lentamente. Se sentía profundamente triste y, al mismo tiempo, experimentaba una dulce sensación de sosiego y paz. ¡Se había sentido tan emocionada escuchando las insólitas palabras de su padre…!

—Jamás le oí hablarme tan dulce y sinceramente. Creo que

nuestra visita ha valido la pena, ¿verdad, Young? —exclamó.

El oprimió levemente su hombro, pero no dijo nada.

Apenas habrían transcurrido diez minutos de viaje, cuando oyeron a su espalda el alarido angustioso de una ambulancia. Dollie se apartó cuanto pudo a la derecha y aún redujo la marcha del vehículo. La ambulancia les adelantó inmediatamente, pero un momento después el vehículo hospitalario reducía sensiblemente su velocidad y brillaba su intermitente de la derecha. Una mano salió por la ventanilla del lado contrario *y* les hizo significativos ademanes para que se detuvieran, lo que hizo Dollie a pocos metros, detrás de la ambulancia.

El doctor Gwins descendió del vehículo y vino hacia ellos a la carrera.

—Siento ser portador de una mala noticia, señorita Hall —anunció, inclinado sobre la ventanilla—. Su padre acaba de fallecer.

Dollie dejó escapar un gemido.

—¡Dios mío! —susurró—, ¿Cómo es posible? Parecía más lúcido que nunca...

—En realidad, lo asombroso es que continuase vivo. Créame, sus constantes vitales habían descendido mucho. Hace menos de una semana estuvo en estado crítico, pero sorprendentemente se recuperó. Ahora... bien, créame que lo siento. Quizá no sea el momento más adecuado, pero ¿piensa ocuparse del enterramiento o prefiere que lo hagamos nosotros? —preguntó el médico.

—De ninguna manera. Yo me encargaré de todo —respondió Dollie con entereza.

Gwins saludó y volvió a la ambulancia, que maniobró despacio y dio la vuelta en seguida, cruzó ante ellos y se alejó.

Dollie lloró quedamente durante unos minutos. Luego enjugó sus ojos con un pañuelo y se volvió hacia su acompañante.

—Parece milagroso —dijo, pensativa—. ¿Sabes lo que pienso, Young? Se diría que mi padre se resistía a morir antes de... hablarme por primera y última vez con el corazón en la mano. Créeme, ha sido una experiencia que ha colmado de dicha mi corazón. No sé si lo comprendes... Jamás escuché de sus labios una palabra amable. Antes

de que perdiera la razón, papá despotricaba contra mi durante todo el día, incluso llegaba a golpearme. Me dirigía las frases más insultantes y en su rostro había siempre un rictus fiero y despectivo. Y hoy… hoy. por vez primera, he conocido al padre con el que siempre soñé.

Encendió con ademán nervioso un cigarrillo, aspiró el humo y lo expidió con un suspiro que desahogó su pecho.

—Es muy duro perder a mi padre cuando acababa de encontrarlo… —dijo luego, ensimismada—. No cabe duda que papá recuperó la razón, aunque sólo fuera por unos minutos…

CAPÍTULO VII

El teléfono sonó insistentemente.

Dollie se abrasó los dedos con la cafetera, que silbaba sordamente, pronunció una maldición y corrió hacia el salón.

—Diga.

—Buenos días, señorita Hall. Supongo que no será preciso que me presente —resonó la voz en su oído.

—¿Señor Manguarini? —preguntó, llena de zozobra.

—Celebro que no me haya olvidado. Pero no es preciso que me trate de usted ni me llame «señor Manguarini». Para usted, querida Dollie, soy Aldo. ¿Ha tomado ya su decisión? No tendrá quejas de mi

gentil comportamiento. Pero ¡qué tontería! Yo también debo tratarte con más confianza, puesto que estamos llamados a compartir la mayor intimidad,., Bien, hablábamos de... ¿Cuál es tu respuesta, querida Dollie?

Ella se mordió los labios. ¿Cómo podría explicarle a aquel hombre, sin ganarse su odio, que, sencillamente, le causaba repugnancia? Desde que conociera a Manguarini en el Caprice Club, había experimentado una sensación de asco hacia aquel hombre obeso, de facciones pálidas y carnosas y vientre abultado; nunca le había sido simpático, pero ahora, que tenía a Young, que se sentía plena de felicidad, la impresión que la simple voz de Manguarini le causaba era sencillamente detestable.

—Verá, señor Manguarini: usted sabe que he estado hospitalizada más de un mes. Estuve a... punto de morir, Ahora.,, debo convalecer durante unas semanas por prescripción médica —cada vez se sentía más nerviosa—. ¿Por qué no me concede algún tiempo más?

Su interlocutor tardó algún tiempo en responder. Cuando lo hizo, su voz sonó fría como el hielo.

—Escúchame con atención, pequeña: he esperado demasiado tiempo. Supongo que sabes con exactitud quién es Aldo Manguarini. Puedo elevar a alguien hasta las nubes o hacerle descender hasta los infiernos, tú me entiendes... Con nadie he tenido tanta paciencia como contigo. Dios sabe bien que sólo tengo buenos deseos para contigo, pero no voy a permitir que te burles de mí... —Se oyó su respiración ahogada, un estertor de bronquitis crónica. Y luego—: Mis hombres te han estado siguiendo desde que saliste del hospital. Sé que un hombre vive contigo. ¿Cómo se llama?

—Young, pero no... —Dollie se mordió los labios por segunda vez, consciente de que había hablado con exceso.

—Pues bien, despide a Young hoy mismo. Si ese hombre sigue contigo, le fulminaré. Te doy una semana de plazo. Buenos días, querida Dollie.

Ella iba a decir algo, a suplicar, a protestar, pero la comunicación se cortó.

Como una sonámbula volvió a la cocina. Ya no tenía el menor interés en tomar una taza de café. La conversación telefónica con Aldo Manguarini había hecho aparecer el más sombrío horizonte ante ella.

—*Despide a Young hoy mismo* —había ordenado el gánster, inapelable.

Separarse del hombre al que amaba seria para Dollie tanto como morir. No. No renunciaría a Young por nada del mundo. Antes preferiría incluso la muerte.

Trató de animarse pensando que las cosas podrían arreglarse,

—Hablaré con Young, le haré comprender que es preciso abandonar esta ciudad, buscar cobijo en algún lugar lejano, tal vez en otro país —se dijo.

Pero ¿qué ocurriría con Sarah Hall, desahuciada por los médicos, revolcándose de dolor en su lecho de la clínica para cancerosos.,,?

Su madre no tenía salvación. Los especialistas le habían dado dos meses de vida como máximo, aunque aquel plazo había sido ya rebasado ampliamente. Se diría que Sarah Hall se agarraba desesperadamente a la vida, a pesar de los atroces sufrimientos que conllevaba su cáncer de garganta.

Otra persona cualquiera se hubiera desentendido del problema que suponía su madre, máxime teniendo en cuenta que se trataba de una enferma incurable, cuyo final era irreversible a plazo corto. Pero Dollie Hall se sentía incapaz de abandonar a su madre en tales circunstancias.

Young había desaparecido por la mañana. Jamás decía adonde se dirigía, ni siquiera anunciaba sus salidas con anticipación. Aparecía en el momento más insospechado y reaparecía cuando menos se le esperaba.

¿Qué hacer? Nada. Young era así. Dollie no sabía en qué se ocupaba, ni si él disponía de dinero o era pobre. En realidad, aquel asunto no le interesaba: ella disponía de unos miles de dólares en el Banco y no se preocupaba. De buena gana se gastaba su dinero con él.

Young apareció al anochecer. E inmediatamente Dollie le puso al corriente del ultimátum de Manguarini.

—No importa —dijo él, por todo comentario.

—Pero ¿cómo? ¿Te quedas tan tranquilo? ¿Es que no sabes quién es Manguarini? Un tipo todopoderoso, podrido de dinero y de

influencias en toda la costa Oeste. ¡Te aniquilará, te hará desaparecer, hará que sus matones te asesinen! Y lo que es peor... son especialistas en no dejar huella. Nadie encontrará tu cadáver, Young. Y luego, Manguarini me tomará, por las buenas o por las malas.

—No importa —respondió él con aplomo. Y se dirigió a la cocina y comenzó a devorar en silencio una bandeja llena de manjares.

Dollie le miró, estupefacta. Ya se disponía a estallar en gritos, en improperios, en reproches... Pero, cosa extraña, no lo hizo. Sencillamente, la serena actitud de Young la tranquilizaba, por increíble que pudiera parecer.

Transcurrieron tres días. No ocurrió nada.

Aquel atardecer, Dollie aguardaba a Young apostada tras el mirador. Ya anochecía, cuando le vio acera adelante con su calmoso y elástico andar.

Todo transcurrió en un instante. De repente, un gran automóvil negro apareció a espaldas de Young, lanzado a toda velocidad calle adelante.

Una mano arrojó algo en dirección a Young. Súbitamente brotó la gigantesca llamarada de unos quince metros de altura. Young desapareció en medio de la vivísima deflagración, Dollie chilló estridentemente, el automóvil oscuro se alejó a gran velocidad...

Nunca supo Dollie de dónde sacó la serenidad suficiente para tomar su extintor doméstico y correr alocadamente hacia la calle.

Con el corazón en la boca galopó hacia el lugar donde un tilo ardía espectacularmente. No pudo aproximarse; la temperatura era tan elevada que sintió abrasadas las mejillas y se vio obligada a retroceder.

Los arbustos crepitaban sonoramente y el centro de la calzada ardía. El alquitrán del pavimento se deshacía y ríos de asfalto fundido corrían calle abajo.

—¡Young...! —brotó el grito desgarrado de los labios de Dollie.

Las piernas se le doblaron, cayó al suelo... Pero su desvanecimiento sólo duró un instante. En seguida, animosa, se alzó, recogió su extintor, tiró de la anilla y dirigió el chorro de espuma

contra incendios hacia la base de las llamas, justo el lugar donde había visto por última vez a Young antes de que la potente bomba de fósforo convirtiese la calle en un infierno candente.

Pero el pequeño extintor apenas si era suficiente para luchar contra las pavorosas llamaradas. Al fin, el calor la obligó a retroceder.

El extintor cayó de sus manos, Dollie caminó como un autómata hacia su casa, sintiendo la muerte en el alma.

Casi se derrumbó al empujar la puerta. Y entonces...

¡Young!

Estaba allí, ¡vivo! Su traje, completamente chamuscado, humeaba aún, y las puntas de sus rojos cabellos aparecían teñidas de negro,

—No. ¡No es posible! —exclamó ella, pasmada de asombro.

Se arrojó sobre él, le palpó, le abrazó, enfebrecida.

— ¡Llamaré..., llamaré una ambulancia! —exclamó ella, temblorosa, pero segura de lo que debía hacer—. ¡Dios santo, debes haber sufrido quemaduras espantosas!

—No —respondió Young.

En silencio se desprendió de sus harapos humeantes hasta quedar completamente desnudo.

Dollie apenas pudo dar crédito a lo que sus ojos veían: la piel de Young bronceada y lustrosa, no presentaba la menor quemadura.

—No puedo comprenderlo —murmuró, estupefacta—. ¿Cómo lograste salvarte? ¡Temí encontrarte achicharrado...!

El giró sobre sus talones y penetró en el cuarto de baño, sin pronunciar ninguna explicación.

Dollie permaneció unos minutos inmóvil, contemplando obsesivamente la puerta del cuarto de baño. Finalmente se encogió de hombros, pronunció algo entre dientes, caminó hasta el salón, tomó una botella y bebió un largo trago. Sólo después de haber repetido la dosis por tercera vez consiguió recuperar el resuello.

«Eres un hombre increíble —pensó—. No dudaría en imaginar

que se trata de un ser de otro mundo, si no pudiera palpar tu cuerpo y comprobar que se trata de un auténtico hombre...»

¿Qué era Young en realidad? ¿Un mago, un supermán, un ser dotado de poderes superiores...?

Dollie, ingenuamente, decidió no profundizar en aquella cuestión. Por sí misma, se sentía satisfecha con amar . a Young y saberse amada por él. Todo seria magnifico si en el mundo no existiesen personas como Aldo Manguarini y Ted Harper. Pero he ahí la cruda realidad: el gánster no había dudado en cumplir su siniestra promesa. O Young se marchaba o Young moriría.

En esta ocasión, se había salvado milagrosamente —aunque Dollie no alcanzase a explicarse cómo—. Claro que ella no era una chica demasiado inteligente; consciente de sus limitaciones en este sentido, prefería no hacerse preguntas inquietantes.

Lo que en verdad la inquietaba era la certidumbre de que Manguarini volvería a atentar contra la vida de Young en cuanto comprobase que éste seguía vivo.

¿Cómo podría hurtarla al criminal despecho del gánster? Tristemente, Dollie tuvo que confesar que en el país más libre del mundo podían moverse impunemente personajes como Aldo Manguarini o Ted Harper.

¡Harper! ¿Dónde se habría metido aquella especie de lombriz venenosa? La mente de Dollie comenzó a fraguar un plan... Hablaría con Manguarini, le diría... ¡sí, le diría que Harper le había prohibido ceder a los caprichos del gánster!

—¡No, no! Demasiado ingenuo —desechó aquel plan en seguida. Por otra parte, Dollie era tan elemental que se sentía incapaz de mentir, de urdir un plan tan complicado para su sencilla mente.

¿Qué solución, entonces?

Young, con el cuerpo desnudo, húmedo y magnifico, cruzó el salón y entró en la alcoba.

Dollie siguió su paso, arrobada.

—Parece un dios —exclamó, extasiada—. O quizá uno de esos héroes de las películas sobre temas mitológicos... ¡Dios mío, cuánto le quiero!

Había que salvar a Young, había que salvarle, costase lo que costase. Ahora el licor nublaba su cerebro, pero no importaba, ya encontraría alguna salida. Las cosas tendrían que resolverse.

Young se aproximó a ella, vestido ya, Dollie se incorporó y le abrazó.

—¿Lo ves? —reprochó dulcemente al hombre—. Cuando te hablé de la amenaza que suponía el capricho de Manguarini, tú dijiste solamente «no importa».

—No importa —susurró Young, impertérrito.

— ¡No importa! —exclamó Dollie, rabiosa—, Pero cuando corrí hacia la calle con el extintor en la mano, temí… temí encontrarme con tu cuerpo retorcido, carbonizado…

Los sollozos la ahogaron. Pero él la besó levemente en los labios y ella se fue serenando lentamente hasta que sus hipidos cesaron.

—Tienes que prometerme una cosa —exclamó de repente, amenazándole con el índice rígido sobre el rostro varonil—. Nada de desapariciones inesperadas por el momento. Permanecerás aquí, escondido. Es preciso que Manguarini piense que su atentado surtió efecto. Más adelante, ya veremos. ¿De acuerdo?

—¡Sí! Si tú quieres —respondió Young.

—¡Si tú quieres, si tú quieres! —repitió ella—. Siempre dices lo mismo cuando te propongo decidir algo. Es que no tienes iniciativa propia? Está bien, vámonos a la cama. Apaguemos la luz y descansemos. No tengo ganas de cenar.

A oscuras, caminaron hasta la alcoba y se dejaron caer en el lecho.

Dollie se quedó dormida en seguida, agotada por la tensión y la angustia que le había producido el dramático incidente de aquella tarde. Durante toda la noche su mente se debatió en terribles pesadillas. Veían a Young caído sobre la calzada. Su cuerpo, negruzco y retorcido, se deshacía lentamente bajo la acción de las devoradoras llamas hasta fundirse con el alquitrán…

CAPÍTULO VIII

Abandonó la cama de un salto, En el salón, el teléfono repiqueteaba de forma obsesiva, incesante.

—¿Sí?

—¿Señorita Hall? Créame que siento molestarla tan temprano, pero el motivo es grave: su madre está agonizando. Si quiere verla por última vez, no dude en venir a la clínica cuanto antes,

Dollie apretó los carnosos labios y asintió amargamente. Dos lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas.

—Iré. Estaré ahí en unos minutos —prometió. Y colgó.

Llovía sobre mojado. No era bastante con la paliza de muerte recibida de manos de Harper, ni la amenaza de un cerdo pretencioso como Manguarini, ni siquiera la muerte de Malcolm Hall o el peligro de muerte que corría el hombre que amaba locamente. No, no era suficiente. Ahora Sarah Hall estaba agonizando,

—Calma —se recomendó a sí misma tras un leve suspiro—. Tenía que haberme hecho a la idea. Ya me lo anticiparon los médicos: mamá no tenía salvación, así que... —rompió a llorar inesperadamente y murmuró—. ¡Sólo que es tan duro!

Volvió a la alcoba, abrió un armario y comenzó a vestirse en silencio. Young dormía apaciblemente sobre las sábanas, boca arriba, como siempre.

—No le despertaré. O quizá sí, antes de irme. Debo asegurarme de que permanecerá escondido. Por lo demás, le ahorraré el amargo

trago de acompañarme a la clínica donde agoniza mamá —se dijo,

Pero cuando acabó de vestirse y tomaba su bolso dispuesta a salir, oyó la voz de Young.

—Dollie.

— ¡Mala suerte! —gruñó ella, disgustada—. Bien, no puedo perder tiempo: acaban de anunciarme que mamá está agonizando. Espérame aquí. No te asomes a las ventanas. Si alguien penetrase en la casa, ocúltate en el sótano. Ya sabes que la entrada está camuflada tras una librería.

Young saltó de la cama y comenzó a vestirse rápidamente, de forma que en menos de un minuto estaba dispuesto.

—¿Qué haces, se puede saber? —preguntó ella asombrada.

—Te acompaño.

—No puede ser, Manguarini vigila esta casa. Te verían. No puede ser.

—Quiero ir contigo —insistió él.

Dollie se impacientó. Luego de repente decidió:

—Está bien. Puesto que eres tan cabezota, vendrás. Pasaremos al garaje y te tenderás sobre el piso del coche, tras el asiento delantero. Y ¡por lo que más quieras!, procura que nadie te vea.

—Bien —respondió Young, sumiso.

Atravesaron la cocina, empujaron la puerta que comunicaba con el garaje e hicieron cuanto Dollie había propuesto.

Quince minutos después llegaban al hospital. Una enfermera les aguardaba en el exterior y les condujo directamente a los ascensores. En la planta séptima abandonaron el aparato y caminaron aprisa pasillo adelante.

Dollie se detuvo de pronto. Unos aullidos agudísimos resonaban dramáticamente a lo largo de los corredores. Pero la enfermera caminaba velozmente y Dollie se vio obligada a galopar para alcanzarla.

En aquel momento, la enfermera se detuvo ante la puerta de la

habitación número 89. Justo en aquel instante alguien salía. Un hombre. Dollie le reconoció: se trataba del doctor Angus Gilbey, un cancerólogo famoso.

El médico la miró, angustiado. De sus mejillas habla huido el color y sus labios temblaban perceptiblemente. Se hubiera podido sospechar que aquel hombre acababa de ver al diablo.

—No entre —susurró Gilbey.

—¿Por qué? —protestó Dollie, impetuosa—. Es mi madre y va a morir. Es preciso que cuente con el consuelo de mi presencia.

—Se lo pido por favor, señorita Hall. Créame, sufrirá inútilmente. Su madre está en la fase de agonía. Su laringe ha debido reventar y...

El médico se demudó. Bruscamente, murmuró una disculpa y se alejó apresuradamente.

Dollie miró, llena de angustia, a la enfermera. Ya iba a decir algo cuando Young se le anticipó.

—Espera. Echare una mirada. Te avisaré si puedes entrar o no.

En aquel momento un alarido alucinante que provenía de la habitación 89 puso los cabellos de punta a Dollie. Incluso la enfermera, tan indiferente, se turbó al oír aquel chillido.

Young empujó la puerta, entró y cerró a su espalda.

Transcurrieron unos minutos agobiantes. Los agudísimos chillidos, capaces de helar la sangre en las venas de la persona más templada, fueron cediendo lentamente. Y luego se hizo el silencio.

Ya se impacientaba Dollie, al borde del ataque de nervios, cuando la puerta se abrió y apareció Young.

—Puedes pasar. No temas —dijo.

Dollie avanzó unos pasos, con precaución, con miedo, dispuesta a contemplar… cualquier cosa.

Pero ¿qué era lo que veía? Su madre, Sarah Hall, cómodamente recostada sobre los almohadones del lecho hospitalario, sonreía dulcemente. Sus cabellos grises aparecían cuidadosamente peinados y sus facciones, aunque marchitas, poseían un poco de dolor. La cama

estaba en orden y por la ventana penetraba un rayo de sol.

—Acércate, hija —invitó su madre con voz débil,

Dollie parpadeó. ¿Y los ayes, aquellos gritos de dolor espeluznantes?

El rostro de Sarah Hall aparecía relajado, casi feliz.

—Mamá —susurró Dollie apagadamente. Y se aproximó al lecho.

Sarah le tomó una mano y la presionó un poco.

—No temas —pronunció con dificultad—. Hoy no pienso gritar insultos, ni reproches. Sé que voy a morir dentro de unos pocos minutos. Pero ¡no, no! —exclamó al ver que Dollie inclinaba la cabeza con amargura—, No, mi pequeña Dollie, nada de caras tristes... Verás, hijita, dentro de poco me sentiré liberada por fin y mis sufrimientos de los últimos meses ni siquiera supondrán un mal recuerdo... Pero no hablemos de mí. Sólo quiero hablar de ti, de mi dulce Dollie, de mi abnegada hijita, la que ha cuidado y soportado durante tanto tiempo a unos padres que se olvidaron de ella. Créeme, ahora lo veo todo claro. Sé que te hice mucho daño, pero sé que tú me has perdonado siempre y ello me consuela.

—¡Mamá! —se ahogó Dollie, trémula de íntima congoja.

—Quisiera... bendecirte, hija, aunque no sé si la bendición de una mujer como yo valdrá de algo...

Dollie cayó de rodillas.

—¡Por favor, mamá! ¡Hazlo! —rogó.

Los fríos dedos de Sarah Hall marcaron sobre la frente de Dollie la señal de la cruz. La joven, oculto su rostro entre las sábanas, sollozaba quedamente.

Transcurrieron unos minutos. Dollie notó los dedos de Young en su mejilla y alzó el rostro.

—Ya está —dijo él—. Ha muerto.

Dollie se irguió, incrédula. Miró a su madre. Sus ojos estaban abiertos, pero su brillo comenzaba a velarse.

Era cierto. Sarah Hall acababa de morir, pero su semblante

estaba distendido, plácido, sonriente…

Muda, acongojada, Dollie se inclinó y besó el rostro marfileño. Luego murmuró al oído del cadáver:

—Dios te acompañe en tu viaje, madre —y se dejó llevar fuera por los brazos de Young.

Luego caminaron en silencio pasillo adelante. De repente, Dollie vio al doctor Gilbey que caminaba apresuradamente en dirección contraria.

—¡Doctor Gilbey! —gritó ella. Y corrió al encuentro del médico, que se había detenido al oír el grito.

—Lo siento —dijo Gilbey—. Me han dicho que la señora Hall acaba de morir…

—Es cierto —asintió la joven—. Sin embargo, no puedo comprender por qué usted me aconsejó que no asistiese a su agonía…

El médico la miró estupefacto.

—¿Me lo pregunta usted? —exclamó, asombrado—. Ya se lo dije, y usted misma habrá tenido ocasión de comprobarlo. El carcinoma había destrozado la garganta de su madre. Siento… no haber podido resistirlo. Para un médico, mi actitud podría parecer absurda, risible. Pero, créame, me sentí trastornado cuando la señora Hall comenzó a arrojar por su boca pedazos sanguinolentos de sus propias entrañas.

CAPÍTULO IX

La suave luz amarillenta de la lámpara arrancaba reflejos cobrizos de los cabellos de Young, que hojeaba un libro, ensimismado. Tendida a sus pies, Dollie, mordisqueaba una manzana.

«Tendré que volver al trabajo —pensó—. Mis ahorros se han esfumado tras costear los enterramientos de mis padres, el pequeño mausoleo de mármol...»

Apenas disponía de unos ochenta dólares, tal era la triste realidad. Le repugnaba volver al Caprice Club, odiaba tener que soportar los torpes galanteos de los clientes. Porque estaba firmemente decidida a ser fiel a Young por encima de todas las cosas.

Echó una ojeada al mirador. Las persianas estaban bajadas y corridas las densas cortinas rojas, Todo estaba en calma, silencioso, apacible...

Hasta que la calma se rompió.

Súbitamente, del exterior llegó el estrépito de un violento frenazo. Un automóvil acababa de detenerse ante su chalet. Y otro y otro...

Dollie se incorporó de un salto y corrió hacia el mirador. Se introdujo entre las cortinas, alzó unos centímetros la persiana y miró.

Tres grandes automóviles se habían detenido a un lado y otro de la calzada y media docena de corpulentos individuos se apeaban de los vehículos.

Pero el imponente despliegue no había terminado. Yerta de espanto, Dollie vio aparecer en aquel momento el lujoso y larguísimo Continental negro de Aldo Manguarini. Y comprendió.

Dejó caer la persiana, unió las cortinas y corrió hacia Young, que enarcó una ceja, intrigado.

Se sentía tan agitada que apenas era capaz de articular las frases.

—Manguarini.,. Sus gorilas,., ¡Aprisa, aprisa! Es preciso que te ocultes en el sótano —balbuceó.

Pero el hombre no se movió de su asiento.

—No —denegó escuetamente.

Dollie dejó escapar un sollozo de impaciencia.

— ¡No seas tozudo! ¿Es que no lo entiendes? Manguarini no viene solo. Le acompañan una docena de guardaespaldas, ¡Young, conozco a esos tipos! Créeme, te destrozarán, te...

—No —repitió él.

Del vestíbulo llegó el seco chasquido de la puerta. Lívida, Dollie miró hacia el pasillo.

Tres jóvenes y musculosos individuos elegantemente vestidos penetraron bruscamente en el salón y ocuparon lugares estratégicos en distintos ángulos de la pieza. Sonreían ferozmente y encañonaban con sus metralletas a Young, que parecía indiferente ante la presencia de los intrusos.

Otros cinco hombres penetraron en la casa y registraron brutalmente las distintas habitaciones.

Sólo entonces hizo su aparición Aldo Manguarini. Vestía un ancho abrigo de piel de foca que agrandaba su voluminosa figura y le confería la apariencia de algún colosal animal peludo. Su rostro redondo, pálido, exangüe, apenas emergía como una mancha clara de entre las gruesas pieles de su abrigo.

Manguarini se detuvo en mitad del salón. No dirigió una sola mirada a Dollie. Por el contrario, contemplaba estupefacto a Young, que continuaba apaciblemente sentado en su sillón con el libro entre las manos.

—Increíble —murmuró el gánster. Y dirigió una fugaz mirada a sus guardaespaldas—. No lo hubiera creído de no verlo con mis propios ojos. Así que era cierto. El tipo logró sobrevivir al fuego...

—¿Qué... qué se propone? —murmuró Dollie, turbada.

Manguarini se volvió hacia ella. Sus ojillos saltones contemplaron fríamente la esbelta silueta de la joven, que destacaba atractivamente el ceñido pijama azul.

—Veo que Young, al menos, posee un buen gusto indiscutible —

murmuró al fin—. Y tú, pequeña zorra, ramera despreciable, sigues prefiriéndole a él, por lo que puedo advertir…

Dollie avanzó un par de pasos.

—Se lo ruego, señor Manguarini, ¡no le hagan daño! —gimió—, ¿Por qué… por qué tuvo que poner sus ojos en mí? En esta ciudad hay bellas mujeres, preciosas jóvenes que se sentirían muy honradas si usted se fijase en ellas…

—Eso es lo que me enfurece —gruñó el gánster, temblorosas las gruesas y fofas mejillas—. ¿Por qué tú te resistes a mis deseos?

—Yo… yo estoy enamorada de este hombre —musitó Dollie, señalando a Young con un leve movimiento de su barbilla.

Manguarini rompió en una carcajada que tenía estridencias femeninas.

Alzó una mano y Dollie contuvo el aliento. Dos de los «gorilas» se precipitaron a traer un ancho sillón que colocaron en el centro geométrico de la estancia. Aldo tomó asiento dificultosamente…, ¡su voluminosa humanidad desbordaba el amplio sillón de forma espectacular!

Otro ademán y uno de sus hombres se apresuró a sacar una cigarrera, extraer un habano, cortarle la punta, ponerlo en los labios ridículamente pequeños de su jefe y a ofrecerle la llama de un carísimo mechero de oro macizo.

—Extraño individuo este Young —dijo pensativo, tras exhalar una bocanada de humo—. Extraño, sí. Capaz de sobrevivir a una bomba de fósforo. Y helo ahí, tan tranquilo, ajeno, al parecer, al hecho de que dentro de unos minutos yacerá en el fondo de la bahía embutido en un bloque de hormigón de veinte toneladas…

Dollie dejó escapar un gritito de angustia. Pero Manguarini le impuso silencio con un ademán enérgico de su mano izquierda.

—Dígame, Young —insistió, flemático—. ¿Le ha contado esta linda perra su vida anterior? ¿Le ha explicado de dónde saca los dólares necesarios para alimentarle a usted? Supongo que no, amigo mío. En realidad, pienso que le ha embaucado de mala manera, Estoy seguro de que Dollie no le ha explicado con detalle con cuántos hombres se ha revolcado en los reservados del Caprice Club… Imagino que usted, como cualquier hombre, tendrá amor propio. Si, incluso

así, sigue creyendo en una mujerzuela como ésta, le compadezco de veras, señor Young,

Dollie dirigió una rápida mirada al hombre de los cabellos rojos, Pero Young permanecía inmóvil, inexpresivo.

—«Trabajadle» —dijo Manguarini en voz baja.

Tres de sus «gorilas» avanzaron hacia Young. Uno de ellos —debía pesar más de ciento cincuenta kilos— derribó a Young y su sillón de una salvaje patada. Simultáneamente, los otros dos agarraron al hombre por los brazos y comenzaron a golpearle sin clemencia. Puñetazos contundentes, demoledores, con los puños protegidos por los temibles guanteletes de macizo acero. Young vacilaba, Young se tambaleaba y salía despedido de aquí para allá, chocaba contra la chimenea violentamente, se escurría hasta el suelo, era inmediatamente alzado de nuevo. Y el castigo proseguía. Implacable, doloroso, destructor…

Fueron cinco terribles minutos a lo largo de los cuales Young recibió centenares de puñetazos capaces de doblegar al hombre más resistente. La sangre manaba, abundante, de su nariz, de sus cejas destrozadas, de sus labios partidos, de sus orejas machacadas, de sus pómulos reventados y lacerados. Pronto, las ropas de Young se tiñeron de sangre.

Al fin, de un tremendo cabezazo le derribaron cuan largo era sobre el pavimento. Allí, Young quedó inmóvil.

Al verle bañado en sangre, inerte. Dollie dejó escapar

un grito agudísimo y se lanzó sobre él, ansiosa por auxiliarle.

—Dadle a ella lo suyo —sugirió Manguarini. Y sus lacayos se lanzaron sobre la mujer y la atenazaron por los brazos—. Pero nada de golpes. No quiero que destrocéis su bello rostro. Utilizad la fusta.

Uno de los hombres sacó de su bolsillo un corto látigo y sus compinches se separaron prestamente. Inmediatamente la trenza de cuero flexible silbó y cayó sobre la espalda de Dollie, que se arqueó como una vara de mimbre y cayó al suelo, exhalando un alarido de dolor.

Satisfecho de su destreza, el robusto individuo moreno que blandía el látigo, volvió a alzarlo en el aire, dispuesto a continuar el castigo ante la mirada complacida de su jefe.

Sin embargo, no llegó a descargar el segundo latigazo, Young acababa de ponerse en pie como una ballesta de acero templado y saltó sobre el verdugo. Su mano derecha atenazó la muñeca del hombre y el látigo cayó a tierra. Los ojos de aquel individuo se desorbitaron, su rostro moreno quedó sin color... Un segundo después caía rígidamente de espaldas.

—¿Cómo..., cómo..., cómo...? —se atragantó Manguarini, manoteando torpemente. Y al fin logró mascullar—. ¿Qué hacéis, estúpidos? ¡Disparad sobre él, acribilladle, destrozadle a tiros...!

Young se irguió en el centro del corro que formaban los ocho «gorilas» a su alrededor. Sus ojos dorados destellaron fulgurantes, recorriendo los rostros de aquellos individuos en una lenta mirada circular.

Manguarini se desgañitaba.

—Pero ¿qué diablos esperáis? ¿No me habéis oído? ¡Trituradle, machacadle convertidle en piltrafas! —gritó con un estertor bronquítico.

Dollie se incorporó y miró a su alrededor. Cosa extraña: los guardaespaldas de Manguarini permanecían inmóviles, rígidos, contemplando fijamente a Young, que desparramaba el fulgor dorado de sus ojos en círculo. ¡Se diría que los «gorilas» se habían convertido en estatuas de sal...!

Young habló.

Señaló al hombre más corpulento de los ocho sicarios y dijo:

—Coge el látigo.

El «gorila» avanzó, se inclinó y obedeció.

Young se volvió hacia Manguarini.

—Castígale, utiliza tu látigo —ordenó al hercúleo «gorila».

Manguarini se puso en pie. A pesar de su voluminosa y pesada humanidad, consiguió alzarse del sillón.

—¡Quieto, Jerry! —gritó, histérico—. ¡Te lo ordeno, detente! ¡Soy tu jefe, tu dueño! ¡No alces el látigo contra mí, no te atrevas a hacerlo o...!

El primer latigazo cruzó su rostro ardientemente y dejó una violácea marca desde la sien izquierda hasta la barbilla. Manguarini chilló como una rata aplastada por una pesada bota y se volvió de espaldas.

Jerry, implacable, movía como una máquina su musculoso brazo. Los latigazos, potentes, cayeron sobre la espalda del gánster, parcialmente apoyado sobre su sillón. Era tal la eficacia de la trenza de cuero que pronto la gruesa piel de foca comenzó a desprenderse en jirones hasta que el carísimo gabán se dividió en dos partes.

Dollie contemplaba a Young alucinada. ¿Qué oculto poder poseía aquel hombre, qué omnipotente voluntad como para conseguir imponer sus designios a los sicarios de Manguarini, que se debatía como un reptil, caído ya de bruces sobre el pavimento, mientras el látigo que empuñaba Jerry le perseguía, implacablemente,..?

Dollie, pasmada, distribuía su atención entre el rostro impenetrable de Young y los herméticos y rígidos de los guardaespaldas del gánster, los cuales, indiferentes al castigo que estaba recibiendo su amo. permanecían en pie formando círculo sin la menor expresión de sus rostros.

—¡No, no, no..., piedad! —gemía el obeso Aldo, retorciéndose, reptando pesadamente sobre el piso cubierto de jirones de su lujoso gabán.

Pero Jerry golpeaba y golpeaba, incansable, imparable. El abrigo de Manguarini se había desprendido ya, convertido en harapos impalpables. Su ropa interior, destrozada y manchada de sangre, se desgajaba como servilletas de algodón, mostrando la blanca espalda recorrida por los rojos verdugones que el látigo dejaba como rastro en la blanda piel.

La serpiente de cuero silbaba y silbaba. Y Manguarini dejaba escapar abyectos, implorantes trémolos, que cada vez iban debilitándose más y más, hasta que sus gritos se convirtieron en sollozos y éstos en murmullos apenas audibles.

Docenas de latigazos, centenares de latigazos, que unas veces alcanzaban la espalda, otras las nalgas, a veces el rostro de refilón y algunas la negra cabellera de Manguarini, que empezaba a empaparse ya de su propia sangre.

Finalmente, Dollie se sintió incapaz de seguir soportando el crujiente espectáculo. Los apagados chillidos de Manguarini

traspasaban su cerebro, y la visión del piso manchado de sangre y cubierto de jirones ensangrentados la trastornaba.

Al fin, se llevó las manos a la cabeza, enloquecida, y se oprimió las sienes, doloridas.

—¡Por amor de Dios! —gritó—, ¡Young! ¡Basta, basta ya!

Young giró hacia ella, la contempló un momento con un gesto de perplejidad y luego avanzó unos pasos, puso su mano sobre el hombro de Jerry y dijo:

—Basta.

Jerry se detuvo como un autómata. En el suelo, el obeso Aldo Manguarini se retorcía como una gigantesca babosa rosa, gimiendo sordamente.

Young miró entonces a los hombres que formaban corro a su alrededor.

—Lleváoslo —dijo.

Y los «gorilas» se pusieron en movimiento, agarraron entre todos a Manguarini, le izaron y se lo llevaron pasillo adelante.

Dollie y Young quedaron solos. Se miraron un instante. El tenía la expresión serena, apacible; ella transida de angustia y de horror.

—Ni un solo hematoma, ni una hinchazón, ninguna señal —murmuró ella, escrutando, incrédula, el rostro de su amante.

Young se alejó hacia el vestíbulo. Resonó la puerta y Dollie le vio reaparecer con sus recios pasos, que eran, sin embargo, ágiles y dinámicos.

—Vamos, te llevaré a la cama —propuso él . Y Dollie se dejó abarcar por sus duros brazos y arrastrar hasta la alcoba.

CAPÍTULO X

Dollie había recuperado la confianza. Ingenuamente, imaginaba que Aldo Manguarini, escarmentado tras la terrible paliza que había recibido de uno de sus propios matones a sueldo, se decidiría por olvidar su torpe capricho y sus ansias de venganza.

Sin embargo, se había visto obligada a incorporarse a su trabajo de «camarera» en el Caprice Club, antes de gastar el último dólar disponible.

No se había entregado a ningún hombre. Para conseguirlo, había tenido que mentir. Una anomalía menstrual, ésa era la disculpa que había puesto ante el encargado de la barra, Douglas Bucks. Durante unos días, su «desvío» profesional estaría justificado, pero ¿qué ocurriría después? Porque Dollie no podría alargar aquella situación indefinidamente.

No se había producido ningún incidente desagradable. Young seguía desapareciendo y apareciendo a su capricho cuando menos se esperaba.

Por cierto... Intrigada, Dollie le había seguido en varias ocasiones. Pero lo que había averiguado, en lugar de desdeñar sus dudas, sólo había servido para aumentar el misterio.

¿Qué hacía Young fuera de casa? Un día se lo pasó completo en la Universidad, el otro permaneció seis horas en la Fundación Kramer para Investigaciones Socio- Políticas, el cuarto se introdujo subrepticiamente en la Agencia Estatal de Energía Nuclear, una de las instalaciones más vigiladas de toda la costa Oeste, tras lo cual —tres horas después—, Dollie le vio aparecer mezclado con el personal que prestaba sus servicios en la Agencia...

¿Inquietudes culturales, intelectuales,,,? Dollie era demasiado sencilla para profundizar en temas como aquél. Si a él le gustaba perder el tiempo en cosas semejantes, a Dollie tanto le daba.

Young era siempre amable, sumiso y fiel. El mejor amante del mundo, el compañero más seguro y solícito, un hombre verdaderamente excepcional, aunque tan enigmático e impenetrable que, a veces, Dollie se sentía incómoda y un poco asustada.

Lo único que le molestaba de Young era su aparente pasividad, su indolencia, su indeclinable sumisión. El hacía lo que a Dollie se le antojaba, sin pedir explicaciones. Y esto a ella le colmaba de paciencia en ocasiones. Sin embargo, aunque aquella actitud de Young la irritara, Dollie sabía que no podría prescindir de él por el resto de su vida,

Ahora estaba sola, absolutamente sola, a excepción de Young. Muertos sus padres, sin otros familiares próximos ni lejanos, su único futuro y su única vivencia era él.

Transcurrieron seis días. Douglas Bucks, encargado del Caprice Club, comenzaba a mostrarse reticente,

Pero finalmente, una tarde Bucks la recibió en el vestuario de las camareras. Hermético, con expresión dura y distante, le anunció:

—Estás despedida por conducta inmoral, Dollie. Pasa por caja y te entregarán tu liquidación...

Dollie dejó escapar una carcajada ruidosa.

—¡Conducta inmoral! —exclamó, despectiva—. ¿Quién, en un negocio como éste observa una conducta moral, quién es el tipo que puede juzgarme a mí?

—Aldo Manguarini. Ha comprado el Caprice Club. No insistas. Dollie. Todo sería más desagradable. Toma tu dinero, recoge tus cosas y márchate —respondió el encargado, impenetrable.

—Muchas gracias y usted lo pase bien —gruñó Dollie, descarada. Y le dio la espalda.

Con ciento ochenta dólares en el bolso, abandonó a las ocho y media el edificio del club.

—¡Cobarde, cobarde, mujerzuela! —mascullaba, rabiosa, entre dientes. Y era evidente que pensaba en Manguarini—. Sólo has podido vengarte utilizando tu sucio dinero, sanguijuela.

Pero de nada valía despotricar. Tendría que buscar otro empleo. Pero ¿no la pondría el gánster en la «lista negra»? Era lo acostumbrado en tales casos: aunque patease la ciudad de extremo a extremo, en todas partes le irían negando un empleo, aunque fuese de fregona.

En fin, las cosas no estaban peor que al principio. Manguarini parecía haber decidido no enfrentarse nuevamente a Young, pero además ahora Dollie no tenía nada que la retuviera en la ciudad, puesto que sus padres habían muerto. En cierto modo, en este aspecto, se sentía liberada.

El sábado por la tarde, Young y ella tomaron un autobús que les llevó hasta el hipódromo de Santa Anita. ¿Qué cosa mejor para aventar los sombríos presagios que una alegre tarde en las carreras?

A las cinco, Dollie se sentía en plena forma. Se había tomado media docena de jarras de cerveza y su humor estaba en alza. Poco después penetraban en el hipódromo y se dirigían a la *pelousse.*

Al pasar ante las taquillas de apuestas, Dollie sintió que la tentación la dominaba.

Miró a Young, picaresca, y exclamó:

—¿Qué tal si apostáramos unos dólares? De todas formas, pronto nos quedaremos sin dinero… Y ¡mira! El noveno de la lista, ese penco, a juzgar por las apuestas… ¡se llama «Joven»! ¡Como tú![1]

Young la miró fijamente.

—¿Dinero? ¿Apuestas? —murmuró, perplejo.

—¡Sí! ¿Por qué no? Tal vez nos dé suerte. Apostaré cien. O mejor, doscientos. Sólo nos quedan cuarenta —un velo de tristeza empañó sus ojos, pero en seguida tornó a sonreír—. ¡Qué más da! El dinero es para gastarlo.

Corrió hacia la taquilla. Las apuestas a favor de «Joven» eran mínimas. Posiblemente aquel maldito penco no ganaría, pero ¡si llegase el primero a la meta!

Pagó, tomó los boletos y se reunió con Young, al que tomó familiarmente del brazo y arrastró hacia el graderío.

La carrera para la que tenía los boletos era la quinta. Cuando al fin los caballos desfilaron hacia los boxes, Dollie mostró un gesto de desencanto al contemplar la desvaída estampa del caballejo que atendía al nombre de «Joven».

Inmediatamente se dio la salida. Partieron, veloces como flechas, nueve caballos, pero «Joven» se enganchó en su box y su jinete tuvo que castigarle sin piedad para que el pobre animal partiese al fin.

Young contemplaba fijamente a aquel caballo de pelaje deslucido que galopaba con largos y desiguales trancos. En la primera vuelta, el pelotón de cabeza sacaba más de una milla a «Joven». Pero en la segunda, la distancia se había reducido a un cuarto de milla.

Dollie, tensa y emocionada, gritaba y gritaba, animando a su favorito. Young la contempló un momento. Y luego dirigió la mirada de sus dorados ojos a la pista.

Un grito atronador brotó de la *pelousse.* Era la última vuelta y «Joven» ganaba terreno progresiva e increíblemente, aproximándose a la cabeza con sus larguísimos y deslucidos trancos.

Y luego... una explosión indescriptible de gritos, exclamaciones, blasfemias e interjecciones desordenadas... ¡«Joven» había entrado el primero en la meta...!

Pálida, cortada la respiración, Dollie contemplaba su manojito de boletos. Hasta que de repente estalló en una larga y atronadora carcajada histérica.

—¡Ha ganado, ha ganado! ¿Lo oyes, Young? ¡Ese sucio penco ha entrado el primero! ¿Qué te parece? Pero si… ¡parece imposible!

Reía, saltaba, oprimía su brazo, se colgaba del cuello del hombre, lloraba, gritaba, pataleaba.

Poco a poco se fue serenando. Y miraba a Young con amor, con pasión, con admiración sin límites,

—No puedo explicármelo —susurró al cabo—. Pero sospecho que, de alguna forma, tú has tenido algo que ver en esto.

Young sonreía levemente. Rara vez le había visto sonreír Dollie, pero cuando lo hacía, el rostro de aquel hombre se transfiguraba y parecía irradiar una dicha inmensa.

Dollie se separó de él y corrió hacia las taquillas. Volvió al cabo de diez minutos y contaba, afanosa y asombrada, un fajo de billetes grandes.

—¡Casi nueve mil, Young! —exclamó, gozosa—. Ocho mil novecientos diez dólares exactamente. ¿Qué te parece? Con este dinero tendremos para vivir muchos meses, quizá un año. Pero no temas, antes surgirá alguna nueva oportunidad, estoy segura. Porque tú y yo jamás nos separaremos, ¿verdad?

—Como tú quieras —pronunció él.

Ella le amenazó con el puño, falsamente enfadada.

—No debes decir «cuando tú quieras», «como tú quieras» o «si tú quieres». Debes decir, sencillamente, sí o no —exclamó.

—Sí —respondió Young.

— ¡Así me gusta! —alabó ella, alegre. Guardó el dinero en el bolso, tomó el brazo del hombre y le dirigió hacia la salida.

Ya fuera, Dollie se detuvo repentinamente.

Contemplaba con fijeza al hombre que, detrás de un carrito, vendía bocadillos de salchichas y palomitas de maíz.

También Young se detuvo al notar la presión de sus dedos en el propio brazo. Pero inmediatamente él trató de arrastrarla lejos de allí.

—¡Espera! —gritó Dollie, encorajinada. Y se aproximó al

hombre de la visera que vendía bocadillos.

Después de escrutar las demacradas facciones de aquel hombre, palideció. Sin embargo, se aproximó al puesto, sacó unas monedas de su bolso, miró al sujeto fijamente y exigió:

—Uno con mostaza.

El hombre le dirigió una fugaz mirada indiferente, preparó el bocadillo y se lo entregó.

—¡Ted! —exclamó ella entonces—. ¿Es que no me reconoces?

El hombre que despachaba bocadillos y palomitas de maíz era Ted Harper, el mismo que la había explotado durante tres largos años. Era el mismo hombre, no cabía duda, pero había algo lejano y ausente en su expresión que impresionó fuertemente a la joven.

—¡Ted, Ted! ¿No recuerdas ya a Dollie Hall? —insistió ella, tenaz.

El hombre volvió a mirarla.

—Debe haberse confundido, señorita. Yo no la conozco. Y usted tampoco puede conocerme. Hace poco más de un mes que vivo en esta ciudad. Vine desde Denver, Colorado —explicó sin inmutarse, y, desde luego, sin dejar de atender las peticiones de las personas que se detenían ante su puesto.

—Eso es imposible, Ted —Dollie calló bruscamente y tomó a mirar a Harper—. Dígame, ¿quién le ha dicho que usted vino de Denver?

El hombre entregó una bolsa de palomitas de maíz a una jovencita y miró a Dollie sin interés,

—Me lo dijeron en el hospital. Según ellos, sufrí un ataque de amnesia. No recuerdo nada —declaró. Y prosiguió su trabajo sin volver a prestar la menor atención a Dollie.

Ella se volvió bruscamente y miró hacia Young. Pero su compañero se alejaba ya, caminando con sus firmes y largos pasos.

Dollie retrocedió lentamente, sin dejar de contemplar a Harper. Y luego giró y corrió en pos de Young.

CAPÍTULO XI

—Señor y señora Young —declaraba Dollie, orgullosa, cuando se detenían en algún motel de carreteras.

Le encantaba llamarse a sí misma «señora Young», aunque ningún juez les hubiera unido en matrimonio. Como le encantaba Young y le subyugaban aquellas pequeñas vacaciones en la costa, sufragadas gracias a los increíbles pero rapidísimos trancos de un caballo llamado «Joven».

Era hermoso tenderse sobre la arena tibia teniendo a su lado, siempre próximo, siempre propicio, a aquel hombre admirable llamado Young. De playa a playa, de motel en motel, siempre cantando, bromeando y riendo.

Acababan de llegar a San Jorge. Eran las nueve de la noche y habían tomado una cabina en el motel Almirante. Después de cenar copiosamente en un restaurante de la playa, Dollie deseaba descansar por encima de cualquier otra cosa.

Se encontraba ya en la, cómoda y amplia cabina y Dollie comenzó a desnudarse.

Resonaron unos golpes en la puerta. Recios, violentos, urgentes...

Dollie enarcó una ceja. Luego, alzó la cremallera de su vestido y, malhumorada, fue a la puerta para averiguar quién llamaba de forma tan descortés.

Dos policías uniformados la empujaron sin demasiada consideración. Uno de ellos penetró en la alcoba y volvió junto a ellos con Young.

—Sí, son ellos —gruñó el más corpulento, que había sacado unas fotos del bolsillo de su camisa.

Dollie se apartó un paso.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó, un tanto descarada y desafiante—. ¿A qué viene todo esto? Debería darles vergüenza.., ¡Penetrar a esta hora en una cabina, dando golpes, ultrajando a la gente honrada, incordiando a todos...!

Calló bruscamente. Otro personaje, éste vestido de paisano, acababa de penetrar en la cabina. Uno de los policías de uniforme se aproximó al recién llegado.

—No hay duda, son ellos —dijo.

El hombre que acababa de entrar miró a Young y Dollie fríamente y ordenó a los policías de uniforme:

—Espósenlos y llévenselos.

— ¡Alto ahí! —se resistió Dollie, furiosa—. Conozco mis derechos. Quiero saber por qué nos detienen.

—Usted lo sabe perfectamente, Dollie Hall, Queda arrestada bajo la acusación de parricidio en la persona de su madre, Sarah Hall. Según nuestros informes, este hombre, Young, es su cómplice. Y no importa que usted practicara la eutanasia o como quiera llamarle, con su madre moribunda. En este estado lo que usted hizo se considera un asesinato. Voy a leerles sus derechos...

Atónita, Dollie vio como uno de los policías esposaba a Young, quien aceptó los grilletes sumiso, sin rebelarse. Tampoco ella opuso nada, tan brusco era el impacto emocional que acababa de recibir.

—Pero... ¡es estúpido, idiota, absurdo! —exclamó cuando los policías los empujaron al exterior—, Mi madre padecía cáncer de garganta, me avisaron cuando agonizaba...

—Pero usted y este hombre la ayudaron a morir asfixiándola con la almohada —respondió el policía, acusador—. Tenemos el testimonio del doctor Gilbey y de la enfermera Gaynes. Créanme, no

soy yo quien va a juzgarles: podrán hablar ante el juez. Vamos a trasladarles inmediatamente a Los Ángeles. Será mejor que tomen las cosas con calma.

Rápidamente les metieron en un coche patrullero, que partió al instante, escoltado por otros dos vehículos.

Codo a codo con Young, Dollie permanecía muda, absorta. Apenas podía creer lo que estaba sucediendo, pero debía rendirse a la evidencia..., ¿qué mejor prueba de que aquello era real que la presión intolerable de las esposas sobre sus delgadas muñecas?

Recordaba, sin embargo, el día en que muriera su madre. Sus gritos espeluznantes, el rostro descompuesto del doctor Gilbey. Young había penetrado en la habitación 89 y... todo cambió. ¿Cómo podían acusarles de tal monstruosidad?

Dollie era una joven poco complicada, sencilla, hasta ingenua. Pero no tanto como para no caer bruscamente en la cuenta de que Aldo Manguarini estaba detrás de aquel terrible embrollo.

* * *

—Quítele los guantes —indicó el teniente Pollock al oficial.

El policía tomó el brazo derecho de Young y le despojó del guante para tomar sus huellas dactilares. Luego obligó al detenido a posar las yemas de los dedos sobre la ficha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pollock, tras escuchar el gruñido del policía.

—Pensará que estoy soñando, teniente, pero la verdad es que este hombre no posee huellas dactilares.

—No es que esté soñando, Barnum, es que está usted loco —farfulló Pollock, irritado.

Se acercó a Young, miró la ficha con cinco borrones densos y luego le miró las yemas de los dedos, que Barnum acababa de limpiar con un trozo de algodón.

—¡Diablos! ¿Cómo es posible…? —gruñó el teniente, desconcertado.

—Lo ignoro —respondió Barnum, encogiéndose paladinamente de hombros—. Pero ésa es la cuestión: este hombre carece de huellas dactilares.

—Que se descalce —ordenó Pollock, ceñudo—. Quiero comprobar si también los dedos de sus pies están lisos…

* * *

A las dos de la madrugada, el comisario Hammond ordenó que Young fuera devuelto a su celda de comisaría.

Habían sido seis horas de interrogatorio, de gritos, de amenazas y de súplicas. Todo inútil: el hombre llamado Young apenas respondía con monosílabos y callaba sistemáticamente cuando se le antojaba.

En resumen: la policía no había conseguido obtener ni un solo dato acerca de Young. No sabían su nombre completo, ni el lugar de nacimiento, ni su edad, ni su estado civil, ni…

Una urgente consulta a los archivos del FBI en Washington no había arrojado la menor luz sobre el caso. Consultada la telefoto, la respuesta fue negativa: Young no estaba fichado.

Pero, como dijo el teniente Pollock:

—¡Maldita sea! Pero… ¿cómo va a estar fichado si carece de huellas dactilares…?

Pollock abandonó el suntuoso despacho del comisario y volvió al suyo. Todos se habían marchado. Mañana, mañana… Todo se aclararía mañana respecto al extraño individuo llamado Young.

Pero Pollock se sentía sumamente inquieto. Una y otra vez, daba vuelta en su mente a la historia que había contado el sargento Benson y los dos policías que habían detenido en San Jorge a Young y a Dollie Hall.

Increíble, una historia para locos. ¿Quién podía creer algo así?

Pero Benson insistía, tozudo.

—Lo vi con mis propios ojos, teniente. Descendíamos de Indian Pass. Ya sabe usted que se trata de un tramo peligroso: curvas pronunciadas, pendientes agudas, precipicios... De repente, al salir de una curva, un espeso banco de niebla, Jim Thomas no tuvo siquiera tiempo de poner la luz antiniebla. Lo cierto era que la bruma, espesa, impedía la visión a tres metros de distancia. Bruscamente, el coche se salió del firme, golpeó una valla protectora y se despeñó...

—¿Se despeñó? ¿En tal caso cómo es que están ustedes aquí? —había preguntado Pollock, con sentido práctico.

—Eso es lo incomprensible —explicó el sargento Benson, excitado—. Noté que me despegaba del asiento. Caíamos en el vacío, en la más negra oscuridad, pues los faros habían dejado de lucir. Y...

—Y se despertaron en el limbo —comentó Pollock, ácidamente.

—Ese hombre, Young, dijo: «No teman. Arreglaremos el asunto.» No sé cuánto tiempo transcurrió, porque la situación no era como para detenerse a pensar, pero lo cierto es que, de improviso, el coche trepidó, yo diría que rebotó, se encendieron los faros y... ¡nos vimos rodando sobre la carretera! Jim frenó en seco en cuanto le fue posible. Comprobamos que estábamos sobre la carretera, en efecto, pero ¡trescientos metros más allá! Jim quería volver a las alturas, para comprobar la valla rota, pero se lo impedí porque deseaba traer a los detenidos urgentemente. Fue... milagroso.

—Supongo que tomaron unas copas en el viaje de ida y el alcohol suscitó en sus mentes todas esas fantasías —resolvió Pollock. Y no quiso oír hablar más del asunto.

Pero ahora... Pollock se confesó a sí mismo que el sargento Benson era un profesional serio, al igual que los hombres que le habían acompañado a San Jorge. Policías honestos, veraces, poco o nada impresionables. Si lo que Benson decía era cierto...

Abandonó el despacho, se detuvo en el cuerpo de guardia y ordenó:

—Que vigilen bien a Young. No me gustaría que ese tipo escapase antes de que logremos identificarle.

Y se marchó.

* * *

Dollie se rebulló, inquieta, en su camastro. ¡Dios mío, cuántas tribulaciones! Detenida, tratada como una criminal, despojada de sus objetos personales...

Ni siquiera sabía la hora que era, puesto que incluso le habían quitado el reloj. ¿Qué más daba? Probablemente serian las dos o las tres de la madrugada, a juzgar por las vueltas que había dado en el sucio camastro sin lograr conciliar el sueño.

Sollozó. Se sentía hundida, arruinada, abandonada, sola... ¡Si al menos pudiera gozar de la compañía de Young! Pero a él le habían encerrado en una celda lejana, situada en otra sección del sótano.

Las ratas correteaban en el oscuro pasillo y el aire olía a fuertes desinfectantes. Dollie, medrosa, se hizo un ovillo e intentó dormir. Pero, ¡ca!, era absolutamente imposible. La angustia, los excitados pensamientos, las constantes preguntas sin respuesta se lo impedían.

De alguna forma, Dollie confiaba en que la policía averiguase la verdad, que resplandeciese la justicia. Desde luego, estaba íntimamente segura de que Aldo Manguarini, despechado, había urdido la tramoya, presentando una sucia denuncia que cualquier abogado experto podría desarticular. Pero ahora...

Prestó atención a los ruidos exteriores. El tiempo estaba cambiando, al parecer. El viento soplaba fuerte, colándose, helado, a través de los resquicios del ventanuco situado a tres metros de altura.

Pero ¿cómo? Un fuerte, casi cegador resplandor, penetraba a través de los sucios cristales y el edificio entero se conmovía desde sus cimientos.

Dollie se aterró. ¿Un terremoto, un cataclismo?

Se puso en pie. Y en aquel momento la puerta de la celda se abrió y Young le tendió la mano.

—Ven —dijo él. Y Dollie se dejó llevar.

¿Cómo había logrado escapar él, cómo consiguió abrir la puerta

de su celda, cómo...? Misterio. No había que hacer preguntas, sólo dejarse llevar por la mano de Young, que infundía en su espíritu un consuelo inefable.

El la arrastraba pasillo adelante mientras, fuera, aumentaba el estrépito del viento y en alguna parte saltaban destrozados los cristales.

Torcieron a la derecha, corrieron... De repente aquella voz conminatoria:

—¡Quietos! ¡Deténganse!

Dollie se volvió. Un macizo policía de uniforme les encañonaba con un revólver. Se oyeron los rápidos pasos, aproximándose.

—¡Contra la pared! Apoyen las manos, separen las piernas...

Y ellos obedecieron. Pero cuando el policía comenzó a cachear a Young, éste se volvió despacio y le miró.

Ante la mirada asombrada de Dollie, Young tomó por el cañón el revólver que empuñaba el policía y se lo devolvió a la funda.

—¡Apártese! —dijo Young. Y el hombre retrocedió, pálido y rígido.

Subieron atropelladamente una escalera. Young empujó una puerta acristalada, rodeó un *bureau* metálico, abrió la ventana..., ¡la maciza reja de hierro se desgajó en dos mitades como si los barrotes fueran de cera!

Él le tendió los brazos y ambos saltaron a la calle. Y luego huyeron.

CAPÍTULO XII

Todas las cadenas de televisión ponían en antena el mismo mensaje, machaconamente.

—...Individuo llamado Young. Un metro noventa de estatura, complexión atlética, cabellos rojos, facciones correctas, traje...

Siempre lo mismo: sumamente peligroso, buido de una comisaria de Los Ángeles, tras agredir a un agente de policía que sufría un agudísimo *shock* nervioso, acusado de asesinato...

También describían a Dollie Hall, pero sobre todo hacían hincapié en los datos personales de Young, por quien la Asociación de Vigilantes del Orden Ciudadano ofrecía cien mil dólares de recompensa a cualquier persona que pudiera aportar datos que llevaran a la captura del pelirrojo criminal.

Pero ¿quiénes constituían la Asociación de Vigilantes del Orden Ciudadano? Dollie lo sabía. Una sola persona : Aldo Manguarini.

Después de tres días de continua y azarosa fuga, Young y Dollie habían optado por evitar cualquier lugar habitado. Era una medida prudente, puesto que la radio, la prensa y la televisión no dejaban de acosarles constantemente.

A las dos de la tarde del día 12 de febrero, ambos descansaban en lo más intrincado de los matorrales próximos a la carretera estatal que se dirige al Norte.

Hambrientos, extenuados, destrozados los vestidos, despeinados y sucios.

La noche anterior habían intentado inútilmente obtener algunos alimentos en una tienda de Derrick, a ciento treinta kilómetros de Los Ángeles.

La encargada del autoservicio, una mujer de unos cuarenta años un tanto hombruna, estaba ya atendiéndoles, cuando de repente miró a Young y quedó pálida como la nieve.

—¡Usted..., usted..., usted es...! —farfulló. Y Young y Dollie se habían visto obligados a huir desordenadamente.

Unos policías les dispararon a matar, al salir del pueblo. Milagrosamente las balas no les tocaron y consiguieron perderse en la espesura del bosque donde, aquella misma noche, se apoderaron a la desesperada del *jeep* unido al remolque de unos excursionistas.

A través de caminos forestales, de sendas perdidas e incluso de trochas intransitables, habían conseguido avanzar unos cincuenta kilómetros a lo largo de la noche.

Dollie conducía con los faros apagados en la espesa oscuridad. No veía nada pero, de vez en cuando, Young tocaba el volante y enderezaba la marcha del vehículo. Era inexplicable, pero *él veía en medio de las tinieblas más densas.*

Al amanecer detuvieron el vehículo. Sentados sobre los asientos del *jeep* durmieron de un tirón seis horas, sin sentir la menor molestia.

Pero Dollie sabía que todo estaba perdido. Toda la policía del estado alerta tras sus huellas. Y luego el acicate de los cien mil dólares de recompensa que el maligno Manguarini ofrecía a través de su fantástica Asociación de Vigilantes para el Orden Ciudadano, lo que suponía lanzar sobre ellos a centenares de aventureros sin escrúpulos.

Young, por el contrario, no parecía abatido. Ni siquiera preocupado. En realidad, si se le observaba detenidamente, se sacaría la conclusión de que *aquel extraño personaje se sentía feliz.*

Permanecieron hasta las cuatro de la tarde en su cobijo de la espesura. Dollie notaba la rebelión de sus entrañas como algo sólido y se puso a buscar bayas silvestres, semillas, hierbas, lo que fuera. Y así, de algún modo, consiguió dominar las exigencias de su estómago.

Foco después de las cuatro Young se irguió y subió al *jeep.* No era preciso decir nada: él quería continuar.

Rodaron a través del bosque durante unas tres horas, Al anochecer se encontraban en las proximidades de London Village.

Dollie disponía de treinta dólares. Había logrado introducirlos en sus zapatos cuando les conducían de San Jorge a Los Ángeles. Con aquel dinero, tal vez conseguirían algo de comida con la que resistir unos días en las anfractuosidades de Mount Kilarney.

Detuvo pues el *jeep* al borde del bosque y a unos quinientos metros del pueblo. Se cubrió los rubios cabellos con un pañuelo, procuró limpiar un poco su rostro y se puso en camino.

Había anochecido ya. Media hora después, Young vio venir a Dollie. Llevaba dos pesadas bolsas de plástico llenas de alimentos que apenas podía transportar, pero procuraba hacer vivo su paso en dirección al bosque.

Y entonces apareció el auto-patrulla. El coche dio la vuelta en mitad de la carretera e hizo sonar su sirena. Dollie corría ya atropelladamente hacia el lindero del bosque.

Luego resonó brutal la ráfaga de metralleta. A cincuenta metros de distancia, Dollie dejó escapar un grito desgarrador y cayó al suelo.

Young abandonó el *jeep* de un prodigioso salto de ocho metros y corrió hacia ella. Salió de repente a la carretera y se cruzó con el coche policial que, al tratar de evitarle, volcó aparatosamente y cayó por el barranco.

Un segundo después, Young se inclinaba sobre la mujer. ¡Dollie se puso en pie ágilmente y sin recoger sus bolsas corrió junto a Young, cojeando!

Un momento después alcanzaban la seguridad del bosque y subían al *jeep*.

Dollie condujo locamente durante el resto de la noche. Cuando al fin detuvo el coche, cercana el alba, murmuró:

—Lo sé, amor mío. Temiste que me hubieran alcanzado las balas. Pero en realidad sólo destrozaron el tacón de mi zapato. Perdí el equilibrio y caí.

Besó a Young en los labios y se quedó dormida.

* * *

El cielo se había teñido de rojo cuando Dollie condujo el *jeep* hasta la desierta estación de servicio.

Un adormilado muchacho vino hacia el coche, descolgó la manguera y comenzó a llenar el depósito. Luego Dollie puso en su mano unos billetes, sin mirarle, arrancó y se alejó.

Young la esperaba a un kilómetro de distancia, tranquilamente recostado sobre el tronco de un pino milenario.

—Date prisa —le urgió ella, inquieta—. Aquí estamos en peligro —y él subió de un salto al vehículo y se alejaron a través de un camino forestal.

Dollie no tenía ganas de hablar. ¿Para qué? La tarde anterior habían presenciado el despliegue de fuerzas policiales de montaña. Había auto-patrullas por todas partes, helicópteros vigilantes, controles de carretera...

Pero, con ser grave, esto no era todo. El día anterior se habían acercado a un campamento de cazadores con el fin de obtener un poco de comida. ¿El resultado? La carrocería del *jeep* estaba perforada por más de treinta impactos de grueso calibre.

Habían escapado de milagro, pero ¿hasta cuándo? Esa era la cuestión.

Young la guiaba de forma sutil. No le daba instrucciones para seguir una u otra dirección, pero siempre se las arreglaba para que el *jeep* siguiera una zigzagueante trayectoria hacia el nordeste.

Y hacia el nordeste, a unos sesenta kilómetros de allí, estaba... el lago Bear.

¿Por qué precisamente se dirigían hacia el Bear Lake?

Dollie lo ignoraba, pero confiaba instintivamente en Young.

Misterioso Young, magnífico Young, irremplazable Young. Cuando ella le contemplaba en silencio durante uno de los raros descansos en la constante huida, un pensamiento surgía rápido en la mente de la joven:

«Si tuviera que hacer el retrato imposible de un hombre, ése sería el retrato de Young.»

El vehículo rodaba por la descarnada senda en las estribaciones de Mount Kilarney. Dollie conducía atenta: el terreno era peligroso; bordeaban un precipicio azul de unos seiscientos metros de

profundidad. Un pequeño descuido y...

En las alturas resonó el fragor de unas hélices, ¡Un helicóptero! Pero no mostraba el distintivo de la policía.

Apuradamente, Dollie trató de llevar el *jeep* bajo los pinos, pero la trocha era tan angosta que sólo podía seguir adelante. O dar marcha atrás y... despeñarse. Frenó. Tomó los prismáticos que habían encontrado en el coche y los enfocó a las alturas.

- ¡Manguarini! —murmuró, helada de espanto.

El poderoso Sikorsky de seis plazas descendió sobre el vacío y se estabilizó a la altura del *jeep,* de modo que la redonda silueta de Manguarini era visible a simple vista. Inmediatamente resonó el altavoz en el valle.

- ¡Aldo Manguarini, policía honorario de la ciudad de Los Ángeles! —gritó; y dejó escapar una estridente carcajada, al tiempo que los impactos de metralleta chocaban contra las rocas.

Dollie saltó fuera del vehículo y se arrojó al suelo. Protegida la cabeza con las manos, escuchó la sonora explosión. Transcurrieron cinco segundos y de las profundidades del barranco llegó el sordo crujido de metales destrozados.

Al cabo, Dollie se incorporó, Young permanecía tranquilamente sentado en su asiento del *jeep.*

—¿Qué..., qué ha ocurrido? —preguntó ella, aterrada.

—Manguarini y los que le acompañaban se han estrellado contra el fondo del barranco —respondió el hombre, y la invitó a subir con un gesto.

CAPÍTULO XIII

Estaba poniéndose el sol al borde del Bear Lake. Los rayos solares atravesaban la leve brama que flotaba sobre las aguas y creaban una fantástica decoración rojizo anaranjada sobre su superficie.

Dollie miró a Young con lágrimas en los ojos.

—Tengo miedo —murmuró ella—. Amo la vida, Young. ¡No quiero morir!

—¿Quién habló de morir? —exclamó, asombrado—. ¿En qué pensabas?

—¿En qué podía pensar? Tú dijiste... «Ven, vayamos a las profundidades del lago.» Creí que me proponías algo a la desesperada —Dollie bajó la voz—. El suicidio como último recurso, puesto que no tenemos escapatoria. La policía nos tiene cercados. Cada vez se acercan más. O entregarnos o...

El último rayo del sol se reflejó en sus ojos dorados cuando habló:

—Siempre hay una solución. No me he atrevido a proponértela hasta ahora, porque suponía que te causaría sorpresa y, tal vez, dolor... Pero tú sabes lo que tienes a tu alrededor. Hombres coléricos, ansiosos de disparar, de matar... Yo te ofrezco algo mejor. Una vida superior, una existencia *humana.*

—Pero...

—Ten confianza en mí, Dollie. ¿Te he defraudado alguna vez?

—¡Nunca! —exclamó ella, impetuosamente—. Pero, Young, no sé cómo explicártelo...

—Yo lo diré por ti —Young tomó su mano y la oprimió con ternura—. Tienes miedo a Lo desconocido.

—¡Sí! Eso es. Pero contigo...

Los ladridos se oían más próximos.

—Vienen, están próximos. Dentro de poco,..

—¿Estás decidida? —preguntó él.

—Sí, voy contigo. En ti confío,

—Desnúdate —ordenó él, Y comenzó a desvestirse.

Los ladridos eran cada vez más audibles, próximos, urgentes y amenazadores. El sol se había puesto, las tinieblas avanzaban sobre el borde del lago.

Dollie tendió su mano a Young y se dejó llevar por él. Unidos, desnudos, penetraron en el lago y caminaron sobre su fondo hasta que sus cabezas desaparecieron entre la bruma que flotaba a ras de las aguas.

Del confín del bosque surgieron en aquel momento hombres y perros. En furioso pelotón, atravesaron el prado y llegaron a la orilla.

—Aquí no hay nadie —dijo uno de Los hombres. Pero en aquel momento encontró las polvorientas ropas en la orilla. Y calló bruscamente.

También los furiosos sabuesos habían enmudecido.

La serenidad de la anochecida se vio alterada bruscamente. El viento zumbó, potente, y ráfagas huracanadas que arrastraban tolvaneras de polvo azotaron la orilla del Bear Lake.

Simultáneamente el firmamento se cubrió de una rara y fulgurante luminosidad amarillenta y el aire se impregnó de un acre aroma indefinible.

—¡Diablos! —gruñó uno de los policías. Y señaló el fondo del lago, allí donde las aguas fosforescían como oro puro.

Un zumbido intenso, insoportable, se dejó oír entonces. Cesó el viento huracanado, se agitaron las aguas...

Del fondo del lago surgió un enorme disco resplandeciente que bañó en luz los contornos y se alejó raudamente hacia el infinito...

FIN

[1] ***Young, significa joven***